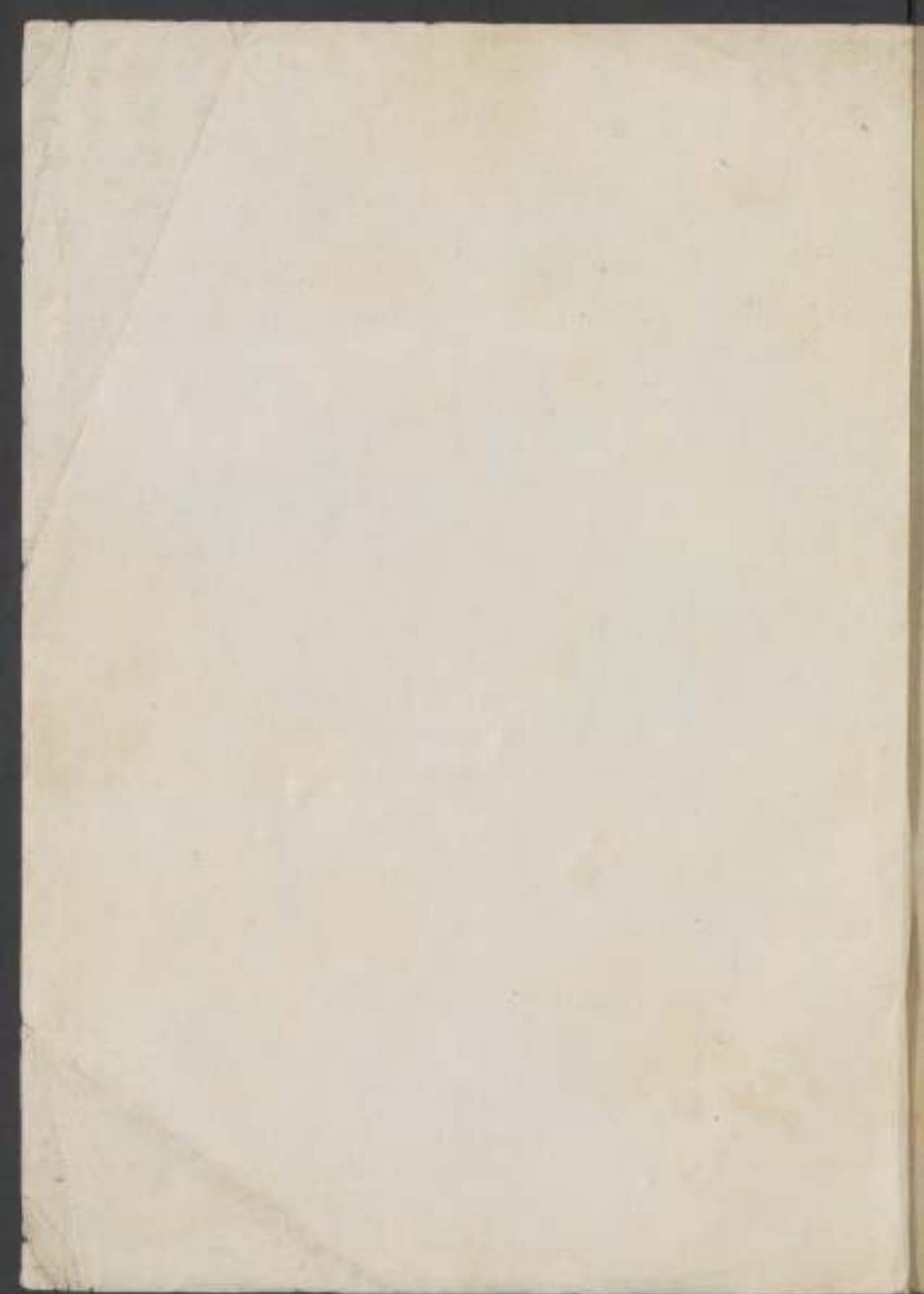


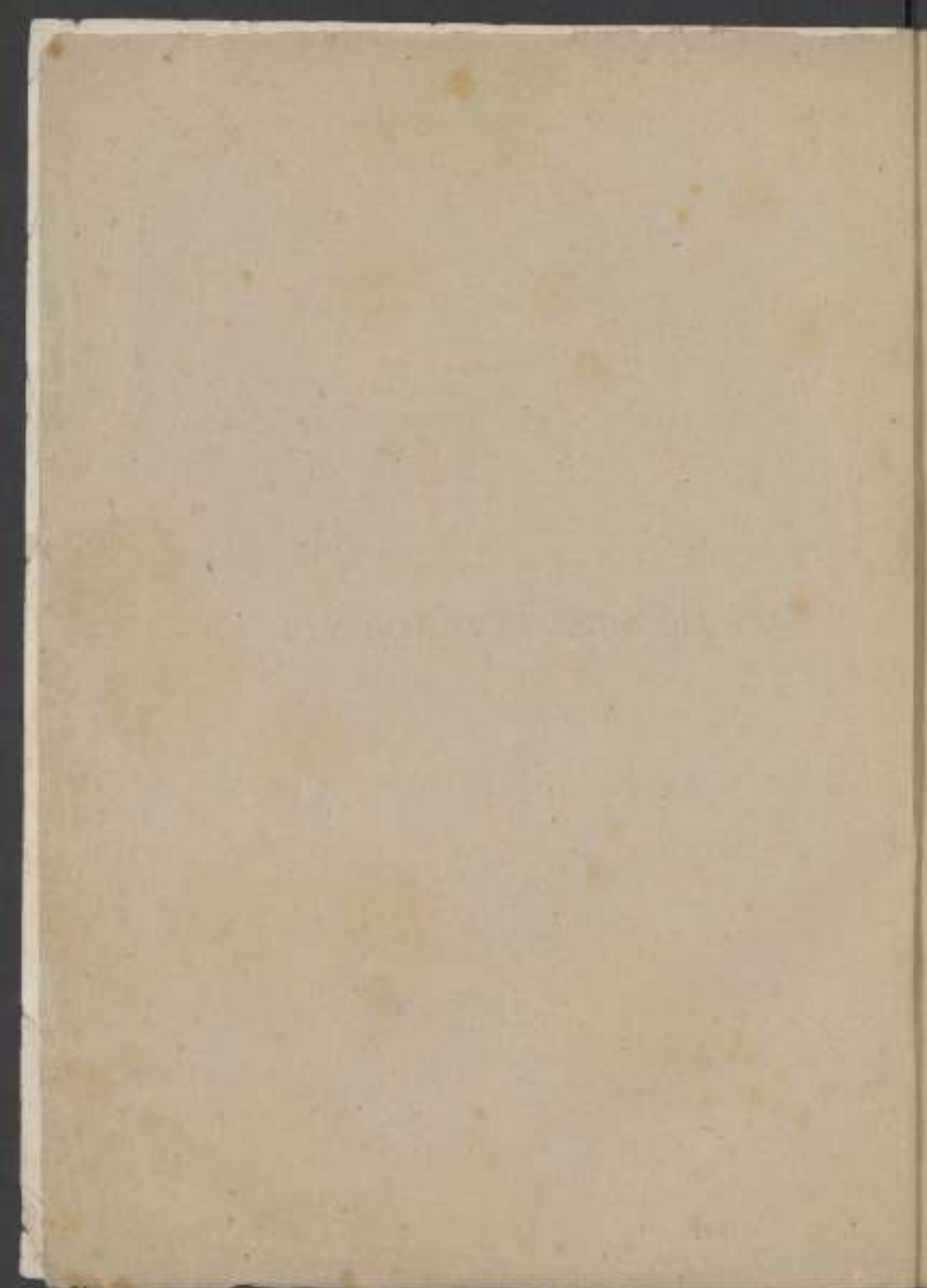
Un homme INVEROSIMIL

Melvyn
DOUGLAS
Joan
BLONDELL





UN HOMBRE INVEROSIMIL



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

UN HOMBRE INVEROSIMIL

Intrigante comedia cinematográfica, según argumento de
Dwight Taylor, Sy Bartlett y Richard Maibaum

Dirigida por

ALEXANDER HALL

Producción

COLUMBIA PICTURES

Distribuida por

COLUMBIA FILMS

PRINCIPALES INTÉRPRETES

MELVYN DOUGLAS JOAN BLONDELL
Ruth Donnelly - Clarence Kolb - Edward Brophy
John Wray

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll - Valencia, 197 - Barcelona

Un hombre inverosímil

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO PRIMERO

UN HOMBRE INVEROSIMIL

Maxine tenía su lindo rostro contraído por la impaciencia y sus dedos hacían percutir inasistentemente una cucharilla contra la mesa, en tanto que un camarero, con muy buen acuerdo, iba retirando los objetos más frágiles de su alcance. Por último, se encaró con el cuidadoso sujeto que la vigilaba y le ordenó:

—Tráigame un combinado, por favor. Todo lo fuerte que pueda ser.

—Ya entiendo, señorita — dijo compasivo el hombre.

Pero como si este mandato hubiera sido la señal del fin de su suplicio, un hombre joven, apuesto

y elegante, cruzó rápidamente por entre las mesas y la besó en la frente. Tras de lo cual dijo en voz alta, alarmando al resto de los clientes:

—Tendrás que perdonarme, nena. No podía venir con el traje manchado de sangre.

El mayordomo le ofreció el menú y él lo estudió cuidadosamente, consultando a Maxine sobre sus preferencias, aunque en último término escogía lo que le venía bien. Pero la joven no reparó en ello y exclamó:

—Tendré que ir a que me examinen el cerebro. Habiendo miles de hombres encantadores y norma-

lex, me enamoro de un policía medio loco.

—Se te ha metido en la cabeza llamarme policía y has de saber que soy sin duda el mejor detective de la Brigada Criminal — protestó—. ¿Carne o pescado?... Pescado, ¿eh?

—¡Ninguna mujer aguantaría esa clase de vida! Nunca sé dónde estás ni nada. Tendrían que pagarte mejor sueldo para compensarte.

—Eso díselo al capitán Mac Govern — recomendó su interlocutor sin apartar sus ojos de la minuta.

—Pero ¿y si llegásemos a casarnos qué pensarían los niños?... Cuando me pregunten: "¿Dónde está papá?", ¿qué voy a contestarles?

El problema dejó perplejo a su novio; lo aquillató en todas sus proporciones, antes de responder apurado:

—Muy sencillo... que he salido un momento.

—¡Oh, quisiera que hablastes en serio, Kenny!—se exasperó—. Tú has recibido una buena educación. Has estudiado Derecho y tienes unos gramos de materia gris. ¿Por qué no escogiste un trabajo de mayor porvenir, algo que fuera más digno?

—Sí, tienes muchísima razón, nena, y te prometo que mañana lo discutiremos; pero esta noche

quiero dedicártela y no permitiré que nada la enturbie—fué su optimista contestación—. ¿Cebollas hervidas?

Maxine le dió una respuesta afirmativa y masculló algunas palabras de enfado, interrumpidas por el agudo sonar de un timbre, bastante conocido por ella, puesto que era, ni más ni menos, el gong empleado por la policía para anunciar su presencia.

—¿Es un sueño o es realidad?—gimió.

Kenny le apretó la mano e intentó comunicarle ánimos, aunque, ciertamente, se había medio incorporado al escuchar el aviso.

—No te preocupes... es el viento.

Pero el timbre insistió en su llamada. Maxine le fulminó con los ojos.

—No, es... ¡es la policía que te adora!

Acertó. Un corpulento policía de uniforme irrumpió en el restaurante y se cuadró ante Kenny, anunciándole que el capitán Mac Govern necesitaba la asistencia del joven para resolver un crimen cometido en un hotel. Quiso realatirse el detective, pero el policía insistió:

—Mac Govern dice que vaya usted al momento.

El imperioso mandato no pudo ser desobedecido. Kenny se bebió de un trago el combinado de su novia y se precipitó sobre la sopa de ella, comiendo tres cucharadas, tras de lo cual la besó:

—Siquiera hemos tomado el consommé juntos. Esta vez les hemos ganado por la mano. Hasta pronto.

Se escapó como un torbellino, sin darle tiempo a que protestara. Mixine se cogió la cabeza y, luego, se enfrentó con el estupefacto camarero.

—Por favor, un jarro de tila—gimió.

—En seguida—aseguró incommovible.

A pesar de la rapidez con que Kenny había salido a la calle, no estaba de un humor angelical cuando, después de entrar en el coche y de arrancar éste, se volvió hacia su superior, que fumaba uno de sus inevitables habanos.

—Sea considerado, Mac. Dijo que podía hacer fiesta esta noche.

—Usted no es un mochuero, Kenny, es un policía—aclaró, innecesariamente.

—Estaba cenando en compañía de Maxine—se lamentó.

—Sí; ya lo sé, y seguramente volvería a estar insistiendo en que abandonase esta profesión, ¿eh?

—Claro, y tiene muchísima ra-

zón. ¿Qué va a decirles a los niños?... ¿Qué va a contestarles cuando pregunten dónde está papá?...

Mac mordió el puro y sus bigotes se elevaron en demostración de su perplejidad.

—¡Que me ahorquen si lo sé!

Lo cual no obstó para que, en cuanto estuvieron frente al hotel, se despidiera tranquilamente del teniente Kenny Williams, a fin de ir a un banquete, como si no le hubiera impedido, además de que saciase su apetito, disipar los nubarrones que ensombrecían el rosado horizonte de su amor.

La contrariedad de Kenny se volatilizó, sin embargo, así que apareció en la habitación escenario del crimen. Era un departamento vulgar, repleto de fotografías de circo, ocupado por dos hombres corpulentos, que trabajaban como si en la estancia no hubiera un cadáver cubierto por una sábana, y que le acogieron con burlonas y humorísticas protestas, despreciadas con no menor humorismo por Kenny.

—Bien, ¿qué habéis descubierto?—inquirió, mientras sus agudos ojos escudriñaban todos los rincones.

Su colega, el teniente Bixler, al que faltaban dos dientes, dejó de

escribir en una libreta y aun cuando permitió que anduviese por el departamento, le dijo con cierta hostilidad:

—¿Qué capciosas son tus preguntitas! Una señora se ha suicidado... ¿Posiblemente porque supo que tú venías?

—¿Quién te dijo que vinieses, encanto?—exclamó Deever.

—El capitán Mac Govern. Posiblemente le conocéis: es nuestro jefe. Creyó que os haría falta un experto como yo. ¿Os molestaría que examinara el cadáver?

—¿Oh, no, nada de eso!—concedió Bixler—. Nos está tomando el pelo.

Kenny levantó la sábana y prosiguió su investigación, totalmente transformado. La habitación era anodina. Ojeó unos papeles y apartó a sus dos compañeros, en quienes su destreza despertaba la negra honrilla.

—¿Y por qué razón opináis vosotros que se trata de un suicidio?

Bixler hizo un gesto de desesperación y le informó burlón y cortés:

—Se le ocurrió cerrar todas las puertas por dentro. Tuvimos que descerrajarlas. El puñal presenta las huellas digitales del *corpus delicti*. Además lo tenía cogido y enterrado así—explicó, señalándose el

pecho—cuando el *rigor mortis* la dejó tiesa.

Kenny comprobó cuanto le decía y vio que no era broma. Las puertas estaban totalmente cerradas. Unicamente había abierta una ventana que daba a un patio y se inclinó a observarlo, respondiendo:

—¿Es latín o chino?

—Estamos en el décimo sexto piso, teniente, y como podrás ver no hay cornisas ni escalerillas de escape.

—Eres muy observador. ¿Dónde está Anderson?

—Le he enviado a ver si encuentra a los niños.

Preguntado de cuáles niños se trataba, Bixler le mostró un álbum en donde había pegados varios recortes de periódicos. El que le enseñaba era la fotografía de unos acres diminutos, con unas características harto acusadas para que se pudiera dudar...

—Estos no son niños, idiota, son liliputienses—le advirtió. Pidió comunicación con ? cine, y prosiguió—: Claro que sí; el de la derecha podría ser tu padre.

Bixler embotó su cerebro en busca de una hipótesis, puesto que emperaba a comprender que el asunto era más complicado de lo que parecía a primera vista. La comunicación pedida por Kenny, la

recibió cuando estudiaba el sugestivo álbum, lanzando de vez en cuando miradas en torno suyo.

—¡Hola, nena! Lamento haber tenido que dejarte solita. Volveré a estar contigo dentro de cinco minutos. Ordéname un filete que esté bien jugoso y algo crudito y también una ensalada... Te lo prometo. ¿No quieres creerme?... Sí. Te he dicho que dentro de cinco minutos.

Inesperadamente vio dos cosas. La primera que la ventana fronteriza a la del siniestro departamento estaba poco alejada y con la luz encendida, y, segunda y más importante, que una gigantesca serpiente se deslizaba de un baúl de mimbre en dirección del centro de la habitación. Ambas cosas, al darle una hipótesis, le hicieron cambiar de pensamiento y terminó diciendo a su novia:

—Escucha, cielo, no ordenes nada. Acabo de tener una idea. Tomaré un emparedado y nos veremos mañana.

Colgó el aparato y observó a la serpiente, que progresaba lenta y silenciosa, y se despidió de sus compañeros con una sonrisa burlesca; pero el teniente Bixler le detuvo:

—Un momento. No querrás irte sin darnos uno de tus expertos consejos.

—Bueno, os daré una pista. Se trata de una encantadora de serpientes.

—Entiendo... Y una de sus serpientes la apuñaló—rugió Bixler.

—Sí, sí... eso es. La serpiente se puso una gorra, cerró todas las puertas, se fué a una claraboya...

—No hay claraboya...

—De todos modos hizo subir el ascensor, bajó a la calle, tomó un taxi y volvió al parque zoológico. Buenas noches.

Antes de marcharse advirtió que la serpiente estaba a un palmo de los pies de Bixler. Cuando sus dos compañeros estuvieron solos, prodigaron comentarios sobre el estado mental de Kenny. De pronto, Bixler miró enfurecido a Deever.

—¡Haz el favor de no pisarme!

—¡Y el idiota se cree un genio! — se rió Deever, con entera inocencia de lo que estaba ocurriendo.

—¡Que hagas el favor de no pisarme!—aulló el teniente.

—Yo no...

Aquí acabó la conversación. Sus ojos se clavaron en el grueso cuerpo del reptil y, con un alarido de pánico, saltaron sobre el diván disparando como unos locos. Acabadas las balas, remataron al reptil arrojándole los vacíos revólveres.

* * *

Al día siguiente, en el despacho de agentes de la Brigada Criminal, henchida de desocupados en mangas de camisa y armados hasta los dientes, Bixler dictaba con mucha prosopopeya a un mecanógrafo el informe de lo sucedido la noche anterior, distribuyendo su atención entre esta tarea, las manzanas de Deever y la partida de damas, en que este último era protagonista.

—Buenos días, queridos alumnos. Os veo a todos muy ocupados —comentó Kenny—. Pero ¿qué haces, Bixler? ¿Escribes tus memorias?

La burla obtuvo grandes carcajadas y Bixler puso a los cielos por testigos de que Kenny era un atentado contra su paz espiritual. Interrumpió el dictado. Kenny iba acompañado de un hombre, que le seguía como un perro, de innegable aspecto latino y, más aún, de cercano a la demencia.

—Yo en tu lugar no presentaría ese informe, Bixler. Puedo asegurarte que se trata de un homicidio. ¿Recuerdas aquellos reptiles?

Los agentes formaron círculo alrededor de los tres hombres, en quienes profetizaban a los protagonistas de un nuevo drama resuelto por el inteligente Kenny.

—¡Ya lo creo!—exclamó Bixler.

—Bien, las mujeres no son muy amigas de tener reptiles, ¿no es cierto?—preguntó a su acompañante.

—¡Muy cierto!—le contestó.

—Y no suelen tampoco tener amigos enanos, ¿no es verdad? —dijo al latino.

—¡Es verdad?—le apoyó.

—Lo cual me hizo en seguida pensar en un circo, ¿no es verdad? —encaróse con el hombrecillo.

—¡Muy cierto!—aprobó como un eco.

Prosiguió la exposición, correado por el sorprendente sujeto, que reiteraba sus preguntas finales. Como los circos reúnen a gentes muy extravagantes, pensó en la posibilidad de un crimen.

Enfurecido Bixler, tanto por el triunfo de Kenny, como por el soneto de su acompañante, gritó:

—Oye, ¿quién es este tío? ¿Es un hombre o un loco?

—No; era un artista de circo.

El latino se volvió hacia Bixler, que tomó la batuta del interrogatorio, y esperó lleno de orgullo sus preguntas.

—Y usted también pensará que fué un crimen, ¿no es verdad? — sospechó el teniente.

—Es verdad—y esta vez la réplica se debió al sonriente Kenny.

—Yo sé que fué un crimen—aseveró, golpeándose el pecho, el que acompañaba a Kenny.

—Conque lo sabe, ¿eh? ¿Y puede saberse en qué escuela de detectives estudió criminalología? — atacó Bixler.

—En ninguna.

—Sin embargo, cree poder resolver el caso. ¿Por qué?

—¡Es que yo fui el asesino!

Prodújose un revuelo de los que hacen época, apaciguado por Kenny al explicar, refrendado por el asesino, que éste era un lanzador de cuchillos víctima de los celos. Vengóse de la infidelidad de la asesinada arrojando un cuchillo a través de las ventanas... De aquí

que todo hiciera suponer un suicidio.

—Observen, caballeros... ¡Fué así como lo hice!

Sacó un cuchillo dispuesto a hacer una demostración práctica. Los agentes empuñaron sus armas, pero fué innecesario, porque Kenny, con una gran sangre fría, le desarmó y lo entregó a uno de sus subalternos, después de lo cual pidió comunicación con Maxine, secretaria del alcalde de la ciudad, cuyo despacho se veía desde la oficina de la Brigada Criminal.

Las primeras palabras de la muchacha fueron bastante ásperas, pues aun le duraba el enfado de la noche anterior. Se excusó como pudo y aseguró:

—De ahora en adelante será diferente. Nos correremos una verdadera juerga. Iré a buscarte a tu piso dentro de media hora.

Conseguida la paz, Maxine acarició unas hermosas flores y anunció a Effie, su ayudante e íntima amiga:

—Ha sido muy amable enviándome las flores. Tendré que perdonarle después de todo.

* * *

El capitán Mac Govern congregó a sus hombres y les comunicó que el "Asesino Fantasma" había matado a otra mujer, encendiendo la furia del comisario, a quien era necesario aplacar inmediatamente.

—Tengo una teoría — apuntó Deever—. Es muy curioso que nunca moleste a sus víctimas.

—No, no. Les abre la cabeza solamente—afirmó Kenny irónico.

—¿Calle un momento, Williams! —rugió Mac.

—Así, pues, decía que nunca las molesta ni las roba. ¿Quiere saber lo que pienso?... Que no le gustan las mujeres.

Soltaron un bufido de desprecio y Kenny se mofó de su cerebro, marchándose; pero no llegó a hacerlo, pues el capitán, seguro de que su ingenio les sacaría del aprieto, le agarró por un brazo en la misma puerta.

—Espere un poco. ¿No se le habrá ocurrido ninguna idea que conduzca a la captura del "Asesino Fantasma"?

—¡Claro que sí!—dijo con guasa,

apoyándose en la jamba e indicando a Deever—. Podían vestir a este mono de mujer y enviarle a la calle a que sirva de anzuelo. Tú puedes hacerlo, Deever. De todos nosotros eras el más guapo. Fíjese, mire qué cinturita, jefe, ¡y qué caderas! Ojos castaños maravillosos. Sólo con sumergirlo en un baño de perfumes estaría más hermoso que Cleopatra.

Como Deever no era precisamente un Adonis, estallaron las carcajadas, que el capitán interrumpió, malhumorado:

—¿Quiere hacer el favor de no decir más tonterías? Estamos en la Brigada y no en un camarín de coristas — y volvió a detenerle—. Oiga, me parece que tiene mucha prisa. Vamos a mi oficina, quiero hablar con usted.

Quieras que no, Kenny tuvo que obedecer. Una vez en su despacho, el capitán le tendió un documento de aspecto terriblemente oficial.

—Vaya a la cárcel y recoja a Texas Buck Maseby. Tiene que acompañarle a la prisión esta noche. El

tren sale a las seis y veinte de la estación, ¿entiende?

—¿A las seis y veinte? No podré tomarlo — y le apaciguó —: Bueno, es que... tengo un compromiso con Maxine esta noche.

—Le felicito, es una chica magnífica. ¿Sabe lo que voy a hacer? Cuando llegue la hora, yo mismo la llamaré y le diré que está cenando... ¡pero con Texas Buck Maseby en el tren!—aulló, abandonando el despacho.

* * *

Mientras su novio se debatía entre el deber, el amor y el temor a las consecuencias que produciría el choque entre ambos, Maxine planeaba grandes proyectos para la fiesta de aquella noche, entre los que sobresalía cierto traje rosa con falda larga. Pero Effie, invenciblemente escéptica, aconsejó:

—No te lo pongas hasta que llame a la puerta. Cada vez que Kenny te envía rosas, te quedas vestida, compuesta y sin novio.

Y lo que barruntaba Effie se cumplió por escoger Kenny aquel momento para telefonarla en el despacho del capitán, desde donde podía ver perfectamente las reacciones de la joven.

—Escucha... — balbucó —: des-

de que antes te dije que... iría... habido...

No pudo pasar más adelante, pues Maxine supuso el resto y se enderezó como una espada de acero bien templado, cambiando de acento:

—¿Kenny Williams, no creo que intente romper nuestro compromiso de esta noche!

—Es que... resulta... bueno, lo que quiero decir...

Lo que quería decir no interesaba a la irritada Maxine, ya harta de esperar, ser defraudada y burlada por el deber, o el capricho, según suponía, de su prometido.

—Porque si lo hicieras, todo estaría terminado entre nosotros.

Effie, que había pasado de la edad feliz en que las mujeres se dejan cazar por los hombres, abrió unos ojos como ruedas de molino, viendo el cielo abierto sobre su hastiado celibato. Y se precipitó hacia Kenny.

—Vamos, no seas tan egoísta, Maxine. Hagámosle pasar.

—No, no, aguarda un momento—suplicó el detective azorado—. Será mejor que se lo diga. Es algo... algo corto con las mujeres.

—Es precisamente mi tipo—declaró Effie.

Kenny tragó saliva al estar junto a Buck, que se levantó de la alfombra del pasillo. Sabía que lo que iba a hacer le podía costar muy caro, pero no le importaba; Maxine y su amor merecían que se jugase el todo por el todo. Soltó de la tubería al gangster, que echó a andar hacia el ascensor.

—Escucha, Buck. Necesito que me hagas un favor. Te voy a presentar a un par de señoritas y te ruego que te portes como un caballero.

—Pero se escapará el tren — le amonestó el handido.

—Tomaremos el de las once cuarenta y cinco.

—No, aguarde un poco. Conozco mis derechos y no pienso extralimitarme—dijo con austeridad.

Tornó a querer abrir las puertas del ascensor y le frenó un fuerte tirón. Pidiendo perdón a los cielos por la mentira que iba a proferir, Kenny le miró de frente y describió con vox insinuante:

—Aguarda, Buck, estás cometiendo un error. Es una de las rubias más bonitas que jamás hayas visto. Medirá un metro sesenta y cinco, pesará cincuenta y seis kilos... bellas ojos azules.

La voluntad del gangster empezó a flaquear. Un hombre condenado a cuarenta años de cárcel no tiene resistencia ante ciertas tentaciones propias de la juventud. Se abanicó con el hongo y susurró:

—Bellos ojos azules, ¿eh?

—Sí; de los que no se ven con frecuencia.

—Son mi debilidad.

—Lo suponía.

—Pero, ¿qué hago con estas esposas?

—Claro, te las puedo quitar si prometes portarte bien.

—Lo intentaré—fué la ambigua respuesta.

Libre ya, se frotó la muñeca y se lanzó como una flecha hacia el departamento de Maxine. Pero antes creyó necesario Kenny anunciarle, mostrándole una medalla, que era campeón de tiro de pistola.

cosa que no pareció impresionarle gran cosa.

—Oye, Buck. Recuerda que no te llamas Buck Moseby esta noche. Eres Charles Jones—fué la postrer advertencia.

La impaciencia de Buck por encontrarse ante la belleza descrita era tan grande, que entró como un ciclón y, desmintiendo el falaz infundio de Kenny sobre su timidez, estrechó entre sus brazos a Maxine, tras de lo cual dudó que su peso alcanzara a tanto. Ahora bien, Kenny no gustaba que sus pecadoras manos estuvieran puestas en los hombros de su novia; por consiguiente, se encargó de desviar su ímpetu hacia Effie, delicadamente sentada en un diván.

—Charlie. Esta es Effie.

—¡Ah, ya entiendo! —dijo el bandido, deglutiento su desencanto—. Es la mía. ¡Admíreme!

—¡Admíreme!... ¡Je, je!... ¡Qué simpático!—alabó Effie, recibiendo un beso versallesco en la mano.

—Charlie es muy gracioso—anunció Kenny.

Buck se aposentó al lado de Effie y como su tiempo era muy escaso, no lo perdió. Se trató entonces de averiguar a qué sitio íran a cenar y el detective propuso:

—Íremos al restaurante de Tony.

—¡Oh, con este calor, no!—in-

terumpió Buck—. ¿Por qué no vamos al campo donde hay árboles y oscuridad?

—Señor Jones, la oscuridad es peligrosa—suspiró Effie.

Por fin acordaron ir al baile como Maxine descaba, aunque contrariando a su novio, que temía cualquier fechoría de su preso. Las muchachas se dirigieron a la salida con mucha prisa y Kenny, que era el último en dejar el departamento, no apartó sus ojos de Buck, que decía a Effie:

—La edad antes que la belleza.

Kenny le retuvo por un brazo y le amonestó:

—Buck, no olvides que soy campeón de tiro.

—Yo también fui campeón... de carreras pedestres.

En el parque de atracciones comprendió el policía que, a causa de su disimulada vigilancia, no se iba a divertir mucho. Continuamente iba detrás de Buck, que se complacía en escabullirse entre la gente con Effie.

—¿Por qué me mira usted así?—preguntó ésta.

—Estaba pensando en una cosa. ¿Cree usted en el flechazo a primera vista?

Effie lanzó el gritito de ritual y dejó que la cogiera del brazo, lo cual fué observado por Maxine.

—Oye, por lo visto tu amigo no pierde el tiempo. ¿eh?

—No. ¿Como que no tiene mucho que perder!

—Ya. ¿Pues qué es lo que hace?

—Me parece que algo relacionado con los tribunales — contestó Kenny.

—Ese es el empleo que tú debías tener. Recuerda que no me casaré contigo mientras sólo seas un policía.

Pero la atención de Kenny se había distraído. Buck se había adelantado mucho y estaba en un puesto de tiro al blanco sujetando una pistola con amenazadora expresión. Se separó de su novia y, entendiéndolo el desafío, desenfundó la suya. Hubo un momento de raro silencio, cargado de amenazas.

—Pero, ¿qué haces con ese revólver? — exclamó, finalmente, el policía.

—Voy a tirar al blanco. ¿A qué crees que le debo tirar, Kenny?

Le señaló unas ardillas que corrían sobre una plancha de metal. Sin embargo, por sana advertencia, prefirió disparar el primero. Los seis disparos de su arma hicieron seis maravillosos blancos. Cuando disparó Buck la única ardilla que quedaba prosiguió incólume.

—Trae, déjame probarlo—mandó Kenny.

De nuevo hizo blanco.

El dependiente, asombrado de su puntería, le entregó el puro del premio y él lo metió en el bolsillo de Buck, que estaba aterrorizado.

—Aquí tienes, Charlie. Fumando se te calmarán los nervios.

No obstante, el sensible instinto de Maxine adivinó que acontecía algo anormal entre los dos hombres y sus aprensiones se confirmaron así que estuvieron en el baile... porque Buck tenía criterio propio sobre la danza y recorría la sala en todas las direcciones, a galope tendido, poniendo en evidencia los esfuerzos de Kenny por seguirlo.

—Estás algo nervioso esta noche, Kenny — reparó Maxine—. ¿Por qué armaste todo aquel extraño jaleo en la galería de tiro?

—¡Oh! Quise ver si aun tengo puntería.

—Ya. Pero ¿querías demostrármelo a mí o al señor Jones?

—A nadie. Quise ganar un cigarro.

Mientras las sospechas tomaban cuerpo en la mente de Maxine, el idilio continuaba entre Effie y Buck. La primera consideró que ya había llegado el tiempo de hablar con claridad.

—¿Nos veremos mañana, Charlie?

—Me parece que mañana no po-

dré salir, Effie — le contestó, ateniéndose a la realidad.

—¿Y pasado mañana?

—Tampoco. Ni el otro, ni el otro...

—Me parece que no le gusto mucho, Charlie—le reprochó.

—¡No faltaba más! Como que no veré otra mujer mientras viva.

La exclamación de placer que su sinceridad arrancó a Effie por su misma franqueza, empujó a verse turbada por los extraños saludos que algunos camareros y concurrentes al baile cambiaron con él, preguntándole si ya había salido de la cárcel y apelándole Buck.

Calmó la intranquilidad de su pareja como mejor pudo, pero no la de Kenny que, habiéndolo observado, guió a Maxine hasta él y le espetó, refiriéndose a un camarero de rostro sospechosamente patibulario:

—Oye. ¿Amigo tuyo?

—Sí, de los mejores—replicó—. Haría cualquier cosa por ayudarte.

—Yo en tu lugar no pediría demasiada ayuda.

Con esto convenció a Maxine de que había algo no muy santo en sus relaciones y, como le faltaban pruebas evidentes para estar segura, miró de hito en hito a su novio e, indicando a Buck, le interrogó:

—¿Le conoce hace mucho, Kenny?

—Pues... debe hacer ahora unos diez años.

Sembrada la semilla de alarma en su espíritu, Maxine, barruntando el partido que podía sacar del aprieto de su novio, cambió astutamente de pareja en un momento en que se encontraron, con evidente satisfacción de Buck, aunque pronto se trocó en malestar.

—Señor Jones, ¿cuánto tiempo hace que conoce usted a Kenny?

—¿Qué?... Pues... desde que íbamos al colegio—mintió.

Pensó Maxine que sus buenas razones tendría para ello, mientras saboreaba una triunfal sensación de gratitud por la agudeza de su magín.

—Debe ser bonito encontrarse de pronto con un amigo de la niñez.

—¡Oh, vamos, aprovechemos el baile!—gruñó molesto.

—Señor Jones, dígame, ¿cuál es su alma mater?—prosiguió, sin hacerle caso.

El elegante epíteto con que la joven designaba a la Universidad, chocó con su ignorancia y desbordó indignación. Lo único que sabía era que la joven le estaba poniendo en un aprieto.

—Oiga, señorita, ¿quiere usted acabar el interrogatorio y bailar de una vez?

Dominada por la ferocidad de su voz, cerró la boca y bailaron como

unos desesperados, mientras el voluble corazón de Buck abandonaba la imagen de Effie para acoger la de Maxine. De aquí su ardor de danzarín, interrumpido con crueldad por Kenny al proponerles tomar algo en el bar.

Maxine, una vez en él, se excusó asegurando que su nariz reclamaba una nueva capa de polvos. Buck, persiguiéndola con los ojos, exclamó con innecesario ardor:

—Kenny, esa chica tuya vale un verdadero Potosí — y se volvió a Effie — ¿Qué vas a tomar, paloma?

—Lo único que sé es que es la primera vez que me siento como una enredadera sin árbol donde enredarse — exclamó, aludiendo al alto taburete.

El ligero despecho de su acento llenó de orgullo al donjuanesco Buck, que ofreció al policía:

—¿Qué tomas tú?

—Yo tomaré una determinación — le respondió, pues estaba sobre ascuas.

—Tráigale una determinación — ordenó el bandido al camarero, evidenciando por segunda vez su ignorancia supina.

Generalmente, la excusa de empolvarse sirve a las mujeres para encubrir desconocidos designios, y esto fué lo que acaeció con Maxine, quien, en lugar de entrar en el

lavabo, ocupó una cabina telefónica con peores intenciones para el futuro de su novio que el veneno más letal. Por consiguiente, marcó el número del capitán Mac Govern.

—¿El capitán Mac Govern?... ¿Sabe usted dónde está Kenny Williams? Tenía una cita conmigo esta noche.

—¿Es usted la señorita Carroll? Lamento lo ocurrido; le prometí a Williams que la llamaría para advertirle que tenía otra cita para cenar con Texas Buck Moseby en el tren.

Sí hubiera presenciado la sonrisa de Maxine, hubiera comprendido que la venganza y el amor iban a hacer equilibrios y malabarismos con la Brigada.

—Debe ser estupendo llegar a ser tan buen detective como usted, así nadie puede engañarle a uno — apuntó con sorna.

—Oiga, ¿qué pretende? — dijo, acusando la indirecta.

—No, nada; sólo que he estado bailando con Texas Buck Moseby y voy a seguir haciéndolo.

Hizo adrede el ademán de colgar el aparato; el auricular chocó contra un gancho. El capitán atragantóse con el humo de su cigarro y lanzó un grito espantoso. Deever se sobresaltó, pensando que había

escogido mal momento para mitigar el ocio de su jefe.

—¡Oiga, aguarde! ¿Dónde está?

—En el baile del Casino divirtiéndome de lo lindo.

El cerebro del capitán era tortuoso a la fuerza, de tal manera que se rió a mandíbula batiente, lo mismo que Deever, en cuanto supo la causa de su hilaridad. La muchacha estaba celosa.

—Está enfadada porque la dejó sin novio.

Toda su alegría desapareció al penetrar en su oficina, jadeante y pálido, el teniente Bixler, que expulsó mucho aire por entre sus dientes rotos antes de enhebrar dos palabras con sentido.

—Oiga, capitán. Acaban de llamar de la prisión diciendo que Moseby y Williams no han llegado todavía.

De nuevo el humo del habano se desorientó en la garganta del capitán, quien pagó su extravío con un buen golpe de toa. Recobrado de su asombro, esbozó rápidamente un plan de batalla.

—Oiga, Maxine, no le deje ir hasta que hayamos llegado.

—¿Que no le deje ir? ¡Si no me puedo deshacer de él!—fué su despedida, saboreando anticipadamente el fruto de su astucia.

A Mac Govern no le importaba

el estado de sus relaciones con Buck. Sintió una prisa tremenda y se puso la americana en un abrir y cerrar de ojos, prodigando órdenes con la rapidez de una ametralladora:

—Llevad unos cuantos hombres. Os espero en el baile del Casino. Tengo una cita con Kenny Williams—concluyó con funesto tono, que les puso la carne de gallina.

Maxine, cumpliendo la promesa hecha al capitán, no se separó ni un solo instante de Buck, que cada vez bailaba más entusiasmado, no de la danza, sino de la seductora muchacha. Kenny y Effie, con los rostros tenebrosos, seguían, tan fatigados como alarmados, los ágiles giros de la pareja y los alardes coreográficos de Buck, sentados en el borde de la sala.

—¿No os parece que ya es hora de marcharse?—suplicó Kenny.

Ninguno de los dos hizo caso y se apartaron de ellos.

—¿Qué medicina habrá tomado Charlie, que está tan bailando?—gruñó Kenny.

—¡Maxilina!—fué la réplica de Effie.

Pero el interés de Buck no era únicamente coreográfico ni amoroso. Pesaba también en su ánimo la idea de desertar del local en compañía o no de la joven.

—Le advierto que en seguida me di cuenta de que era usted mi tipo —alabó—. ¿Por qué no escabullimos el bulto y nos largamos?

—Charlie, cuánto le siento; pero he venido con el teniente Williams.

—Yo también.

El capitán Mac Govern con gran alboroto de sirenas y despliegue de fuerzas, dividió sus huestes en la entrada del Casino, enviando a Bixler y a Deever por la parte trasera.

Oportuna fué la medida, porque, desinteresándose Buck de todo, pidió a Maxine perdón para ir a hablar por teléfono. Observando la joven que tomaba una dirección equivocada, le quiso retener. El se libró de un empujón de ella y subió al estrado de la orquesta, por donde desembocó a la salida posterior.

Kenny no perdió un momento. Saltó la barra de la pista y se abrió el paso entre los espectadores, que comenzaban a alarmarse.

Buck, en su precipitada carrera, bajó unos escalones y voló hacia la puerta. Los cristales de ésta saltaron hechos añicos bajo las culatas de los rifles de los policías capitaneados por Deever y Bixler. Inmediatamente el gangster dió marcha atrás, subiendo los escalones.

En el estrado de la orquesta le

esperaba Kenny. En un santiamén se le echó encima; los dos hombres rodaron por el suelo, dispersando a los músicos. Los gritos de las mujeres rasgaron el aire. Finalmente, las esposas se cerraron sobre las muñecas del bandido, precisamente cuando Mac Govern y sus subordinados ocupaban toda la sala.

—Charlie, ya te has divertido bastante — advirtióle Kenny—. Se ha terminado la comedia.

El capitán se le puso al lado y ordenó que entregase al bandido, que protestaba como un loco, al teniente Bixler. Kenny, humillado por este acto presenciado por tanta gente, intentó excusarse, pero su jefe le interrumpió:

—Basta ya... No continúe. ¡Bonita compañía para estas señoritas! Buck Moseby, peligroso ladrón y asesino.

Contrariamente a Maxine, Effie optó por recibir la noticia con un desmayo. Se desplomó con un lamento. Las miradas de los novios se encontraron y Kenny se estremeció. Cogió a la desmayada y la depositó en un automóvil, mientras el capitán screenaba a los bailarines.

—Maxine, no sé cómo excusarme.

—Kenny, esto es imperdonable. Es lo peor que me has hecho desde que tenemos relaciones. ¡Dejarme

bailar con un delincuente! Me siento humillada. En cuanto a Effie, has perdido su amistad para siempre.

—¡Qué amistad! — exclamó la aludida.

Kenny aguantó el chaparrón con la vaga idea de que una muchedumbre de curiosos le rodeaba, lo que no le importaba ni un comino en aquel, que creía, naufragio de su amor. Maxine se felicitaba de su astucia al observarle tan humilde y amansado. Además, el capitán estaba en la lontananza aguzando un enfurruñado rapapolvo.

—¡Pero escucha, Maxine!

—No tengo nada que escuchar.

El capitán interrumpió sus réplicas con una voz terrible. Kenny se le reunió y se cuadró bajo sus ojos relampagueantes.

—Bien, teniente, supongo que estará usted satisfecho. Esta es la primera vez, desde que soy jefe del departamento, que tendré que presentarme ante mis superiores con objeto de excusar a uno de mis hombres.

—Lo lamento, Mac; yo...

—No hablemos más. Deberá presentarse ante el comisario, mañana por la mañana sin falta.

Kenny le persiguió hasta el coche, que arrancó sin que su jefe se ablandara. Maxine contempló muy risueña la escena y luego se retrató en el asiento, ordenando al conductor antes que el defraudado detective llegara:

—Ya podemos marcharnos.

—Aguarda, Maxine — protestó Kenny.

Los ojos de su novia brillaron alegremente traviesos. Desgraciadamente no sabía que Kenny estaba libre de servicio hasta el día siguiente. El joven se quedó en el borde de la acera, viva muestra de la desesperación. Y por si algo faltaba a su aniquilamiento, una voz dijo:

—Gracias por la fiestecita, Kenny. Dentro de cuarenta años la repetiremos.

Innecesario es decir que era Buck el que así se despedía, juntando sus manos esposadas fuera de la ventanilla del coche.

CAPITULO III

LAS VICTIMAS DEL "ASESINO FANTASMA"

El día siguiente, que prometía ser terrible para el pobre Kenny, amaneció asimismo desgraciado para todos los ocupantes del edificio de la Alcaldía, desde su funcionario supremo hasta la mecanógrafa más ínfima.

Las primeras páginas de los periódicos relataban, a grandes titulares, un reciente asesinato del "Asesino Fantasma", junto al fatal descuido de Kenny en el cumplimiento de sus deberes. Todo ello fué motivo de que una nutrida comisión de ciudadanos, viejos y feos —hay que decirlo—, invadiera el despacho del alcalde con el más belicoso anhelo de protesta.

En cuanto el alcalde, tras de aguardar pacientemente, logró un claro en la infernal baraúnda y pudo hacerse oír, consultó con la vista al comisario, que afirmó con la cabeza, y pulsó el zumbador.

—El capitán Mac Govern se presentará a ustedes de un momento a otro. El lo explicará todo.

Maxine, que había hecho la llamada correspondiente y que aun no había asimilado el entusiasmo restante de su victoria de la noche anterior, soltó unos papeles que tenía en la mano y se acomodó en su silla, diciendo Effe, situada al otro lado de la mesa:

—¡Pobre Mac Govern! Preferiría dejarme asesinar a enfrentarme con esas fieras.

—¿Qué pensarán hacer con Kenny?—se preocupó Maxine.

—Deberían fusilarlo y ahorcarlo después.

—¡Ojalá lo despidan de una vez!—deseó su amiga.

El capitán Mac Govern pasó junto a la mesa y puso la diestra en el pomo de la puerta del alcalde, cuando Maxine le hizo volverse con cara de pocos amigos.

—¿No va a darme las gracias por lo de anoche?—preguntó la joven.

—Pues... si pensara que lo hizo usted en interés público, señorita Carroll, no habría olvidado de ha-

cerlo — aseguró con sequedad—. Pero conozco la razón que la impulsó a avisarme anoche. Esperaba que Williams fuese despedido.

—¿Y no lo ha sido?—se desilusionó ante su acerba aclaración.

—No; lo he suspendido de empleo y sueldo durante un par de meses... Señorita Carroll, mi deber es procurar que Kenny llegue a ser un buen detective y no un buen esposo—concluyó, cerrando la puerta ante sus narices.

—¿Conque no, eh?—exclamó furiosa.

El capitán cruzó el despacho del alcalde, estudiando de soslayo la situación espiritual de los invasores y compartió inmediatamente la molestia de sus dos superiores... a pesar de que las malas caras le tenían sin cuidado.

—Capitán Mac Govern, estos señores, en nombre de la ciudad, han expresado su indignación por la poca eficacia de su departamento. Particularmente, en lo que se refiere al "Asesino Fantasma" y a la desgraciada y vergonzosa exhibición de anoche—expuso el alcalde.—Deberían ustedes reivindicarse. Es indispensable presentar inmediatamente un plan eficaz que conduzca a la eliminación de esa amenaza pública.

Dicho esto, le dio tiempo para

pensar un expediente, pulsando el timbre, con lo cual entró Maxine y recibió el encargo de tomar notas taquigráficamente.

—Yo pensaba enviar a uno de nuestros hombres por la noche a recorrer las calles de la ciudad, como anzuelo, vestido de mujer.

Habíase acordado de la idea de Kenny, que pareció a todos de perlas por lo novelesca. En vista de la aceptación que tenía, el comisario indagó:

—¿Por qué ha esperado usted hasta ahora para probarlo?

—Es que la dificultad, claro, estriba en hallar al hombre que quiera hacerse cargo de ese servicio. La mayoría de mis subalternos preferiría dimitir a exhibirse disfrazados así.

—Yo no comprendo por qué—se extrañó una mujer con lentes.

—Porque todavía, señora, casi todos los hombres prefieren vestir como hombres. No podemos esperar de uno de ellos que afronte el ridículo y la humillación a que se expondría—aclaró con gravedad.

Por la imaginación de Maxine pasó una ráfaga deslumbrante. ¡Qué partido podía sacar de ello! O rehusaba en rotundo, o lo aceptaba y abandonaba después su empleo. Trazó unas letras en un pa-

pelito y lo rasgó, tendiéndolo al alcalde.

Decía:

"Estoy segura de que al teniente Williams le agradará el servicio."

Lo leyó su jefe y se lo alargó al Comisario que respondía:

—Lo que alega es probablemente cierto, capitán, pero esta crisis exige medidas heroicas. Si no se ofrece un voluntario, tendrá que obligar a alguien a hacerlo—concluyó, pasándole a su vez el papel.

—¿Qué les parece?—quiso saber el alcalde.

—No creo que al teniente Williams le agradará esto mucho — contestó Mac, enviando una mirada asesina a Maxine.

—¿Que le agrada dice? Pero, ¿qué importa que le agrada o no?

—Además, está suspendido durante sesenta días — agregó el capitán.

—Le rehabilitaré inmediatamente con la condición de que acepte esta comisión—respondió el comisario—. Si rehusa, prescindiremos definitivamente de sus servicios. Ya estoy harto de condescendencias, capitán Mac Govern.

Con el encargo de avisar a Kenny, cosa que hizo de mil amores, regresó Maxine a su despacho, en donde la esperaba el policía, sen-

tado en un ángulo del escritorio, y la saludó tímidamente.

—¿Enfadada conmigo?

—¿Enfadada?—protestó con ingenuidad—. ¿Por qué razón había de estarlo?

—No sé... — tartamudeó, confuso ante tanta amabilidad.

Pero lo que siguió fué aún mejor. Maxine borró las diferencias anteriores dándole un beso en aquel sacrosanto despacho, y luego, con las manos en sus hombros, le admiró:

—¡Eres maravilloso!

—¿Es guasa?

—No... ¡pues claro que no es guasa! Acabo de darme cuenta de lo muy tonta que fui. Kenny, nunca he sabido apreciarte en lo que vales, pero ahora empiezo a darme cuenta de lo buen detective que eres. Yo... quisiera...

Tanta dulzura, tanta alabanza y tanto arrobo alarmaron a Kenny, que le pasó un brazo por la cintura.

—¿Qué te pasa, mi vida? ¿Te sientes mal?

—Nada, nada... es... la emoción solamente — dijo, ahogándose de risa—. Es que te están esperando todos ahí dentro para ofrecerte un extraordinario honor.

—¿Honor?

—Sí, se trata de un servicio importantísimo que puede darte gloria y fama.

Hipnotizado por su súbita pre-ocupación por él, abrió la puerta y entró en el despacho.

* * *

La rabia de Kenny, mientras se vestía en su departamento, fué desde el deseo de presentar la dimisión hasta ponerse de parte del "Asesino Fantasma". Más tarde, tocado en su puntillo al suponer la intención que había inducido a Maxine a mezclarle en el asunto, cambió de aspecto la situación.

Retorcía iracundo entre sus manos la peluca rubia para amoldarla a su cabeza; se la ponía y se la quitaba, horrorizado por el contraste ofrecido entre ella y su bigote, que se negaba a afeitarse por ser única muestra de virilidad entre tantas cosas femeninas.

Maxine, entretanto, hacía agudos comentarios que le sacaron de quicio. Por fin, al mirarla él completamente preparado, se marchó, protestando:

—¡Qué espanto! Te pareces a mi tía Anastasia. No quiero estar más aquí.

Kenny se encogió de hombros. Volvió a quitarse el sombrero y la peluca. Maxine tropezó en el pasillo con el capitán Mac Govern que esperaba fumando filosóficamente. Al verla, se echó a reír:

—Bien, ¿ha dimitido?

—Capitán Mac Govern—respondió mirándole de arriba a abajo—, cuando muera, ¿querrá legar su cadáver a la ciencia?

—¿Con qué objeto?

—Sólo querría saber lo que emplea en vez de corazón.

Sin dejar de reírse, compareció en la habitación de Kenny y su hilaridad aumentó. El joven se arreglaba el velillo de su sombrero, destinado a ocultar su varonil cara y, por fin, dió muestras de estar ya listo, encaminándose hacia la salida.

—Oiga, huele mucho a perfume.

—Sí. Soy yo — comunicó tristemente.

El capitán se aprovechó de su ventaja, descubriéndose amablemente al darle paso para entrar en el ascensor. En el vestíbulo, la fuerza de la costumbre pudo más que su atención y Kenny dejó salir a todas las señoras antes que él e iba a hacer lo mismo con un anciano, pero éste le suplicó:

—Usted primero, señora.

Aquello era el triunfo de su caracterización; no obstante, lo aceptó de mal grado. El capitán quiso ofrecerle su brazo para atravesar el hall. Desde la calle, Deever y Bixler espían su salida y se dieron un codazo.

—Ahí viene.

Un botones vocaba una carta para una dama y, suponiendo que ésta era Kenny, se la ofreció, recibiendo en pago un tremendo empujón, notable en una señora ya entrada en años y tan delgada.

Cercanos a la puerta giratoria, Kenny resbaló a causa de los altos tacones de sus zapatos, necesitando la ayuda de su jefe para recuperar el equilibrio.

—No se preocupe, Kenny. Está usted muy bien. Tenga mucho cuidado, ¿comprende?... ¡Buena suerte!—Pero no pudo refrenar un—: ¡Adiós, encanto!

Inmediatamente se puso a salvo.

Kenny se internó con los nervios de punta en la puerta giratoria y Deever, con malignos propósitos, hizo lo mismo en sentido contrario, impeliéndola con todas sus fuerzas hasta que adquirió una velocidad relampagueante, despidiendo contra la acera al desgraciado detective.

Sus dos compañeros fingieron ayudarle piadosamente, bajándole las faldas y auxiliándole a ponerse en pie.

—Señora, ¿se ha hecho usted daño?

—¿Quiere ir al cine, preciosa?—propuso Bixler.

—¡Arriba, palomita!

—¡Caramba, señora! ¡Qué fuerte está!—se admiró Bixler, palpándole los bíceps.

Pero Kenny se acordó, en esta última sugerencia, de que en realidad no era una débil mujer. Dió un codazo al estómago de Deever y un puñetazo a la mandíbula de Bixler, arrojándolos, con gran asombro de los circunstantes, contra la pared, en donde rebotaron poco antes de caer sobre el duro pavimento.

Hecho esto, se arregló los ridículos *renards* sobre los hombros y avanzó con elegancia hacia un taxi, cuyo conductor, todavía estu-

pefacto, se apresuró a abrirle la puerta, confiándole:

—Perdón, señora, ¿sabe usted que ese tipo a quien ha pegado es detective?

—Bien, ¿y qué? — gritó la belicosa dama.

—¡Oh!... Nada, nada; sólo he querido advertírselo — "la" calmó asustado el chofer.

* * *

Desde el momento en que arrancó el taxi, se perdió por completo el rastro de Kenny. Pasaron dos días angustiosos que mantuvieron en vilo a sus colegas de la Brigada Criminal. Llegada la noche del segundo día, la conciencia del capitán ya no pudo resistir las acusaciones de su corazón y movilizó a la inmensa mayoría de la policía neoyorquina en busca de su asombroso y discolo subalterno.

Pero las respuestas eran las mismas en todos los lugares. No se había visto en ninguna parte a su persona. Bixler, queriéndole dar algún consuelo, y sospechando siempre lo peor, por aquello de "piensa mal...", se personó en el despacho de su jefe y trató de calmarle:

—Bueno. Lleva dos días sin apa-

recer; a lo mejor ha desertado. Se cansaría de la comedia.

—No, no. Kenny no es capaz de eso. Cuando se encarga de un servicio, lo concluye.

Deever, en mangas de camisa, penetró en el despacho del jefe de la brigada, avisando con gran misterio:

—Oiga, jefe. La señorita Carroll está ahí fuera.

—¿A qué ha venido?

—Dice que está preocupada por Kenny. Quiere saber dónde está.

El capitán se levantó resignado, hizo señas a sus hombres de que les dejaran a solas y con muy pocos arrestos se enfrentó con Maxine, la cual daba valsones por la habitación, desesperada. Antes de que pudiera impedirlo, le agarró por un brazo.

—Capitán Mac Govern, dígame qué le ha pasado a Kenny.

—¡Ah! ¿Está preocupada ahora por él?—le acusó despiadado, sentándose en el borde de un escritorio.

—Hace dos días que no puedo dormir.

—¡Vaya!... ¡Cuánto lo lamento! Supongo que no creerá usted que Kenny hace estas cosas para que usted pierda el sueño.

Pero la reacción de la muchacha calmó en parte su furia y su ceño se desarrugó, adoptando un gesto más humano. Maxine se retorció las manos al ras de una crisis nerviosa.

—No, no... Creo que lo hace porque le gusta... el peligro.

—En parte, pero también existen otras razones. Hay una que se llama deber, señorita Carroll, pero usted no puede comprenderla en absoluto.

—Capitán, debe usted decirme lo... ¿Dónde está ahora?

—Lo ignoro. Pero si lo supiera tampoco se lo diría. Yo no creo que una chica con sus ideas lo merezca. La mujer que se case con ese hombre tiene que aceptarlo tal cual es: un gran policía... Y no lo que ella pretenda.

Bixler se presentó, brotando del despacho del capitán, con una ex-

citada prisa mensajera de buenas noticias. Y, en efecto, así era.

—Acaban de llamar por teléfono. Han localizado a Williams en la calle sexta y Maine.

—Está bien. Ahora iré—contestó Mac Govern.

Maxine fué escrutada por sus inteligentes pupilas y el jefe de la brigada pudo vaticinar con certeza, que pocos momentos después la muchacha estaría en aquella parte de los barrios bajos.

La calle sexta era morada de la escoria de la población neoyorquina. Las calles mal alumbradas, sucias, aumentaban el siniestro efecto producido por Kenny, el cual, paseándose incansable por las aceras, soportaba estoicamente los pitopos de los escasos transeúntes.

Dobló una esquina y se internó en un dedalo de callejones, constituidos por las partes traseras de las casas, algunas de las cuales estaban deshabitadas, y por cajas de embalsajes medio podridas, así como por mercancías olvidadas por los hombres. Con un suspiro de alivio, se sentó en los peldaños metálicos de una escalera, abrió su bolso y, echándose el velo hacia atrás, encendió un cigarrillo...

Mientras su novio fumaba, Maxine indagaba su paradero cercana a él, esforzándose por orientarse en

el maloliente laberinto de cajones y basura. Sobresaltada por las sombras, su corazón palpitaba retumbante, pero, valientemente, no cesaba en su búsqueda. Y he aquí que, de pronto, de una montaña de cajones, un hombre altísimo y corpulento se destacó, persiguiéndola con sigilo, cada vez más próximo de la muchacha...

Kenny arrojó la colilla de su cigarrillo y reanudó su peregrinación. El "Asesino Fantasma" y su víctima desembocaron en un callejón frontero a él; el criminal levantó una porra y la asestó contra la cabeza de Maxine. Sin un gemido, la joven rodó por el suelo.

Kenny, estupefacto al verla allí,

se repuso de su asombro y se abalanzó contra el asesino; retorcióle el brazo, cayó la porra y los dos hombres se revolcaron en todos sentidos. La silenciosa lucha fué breve. El asesino, merced a su prodigiosa fortaleza, le derribó y echó a correr, subiéndose a una escalera. Pero llevaba a Kenny sobre sus talones.

El criminal, como si fuera una pluma, movió una enorme caja que se estrelló contra Kenny. Suponiéndose libre, saltó desde la barandilla; su pie tropezó con un cajón y cayó aturdido... Momentos más tarde, las esposas del policía se cerraban en torno de sus manos.

* * *

El atentado no había tenido consecuencias graves para Maxine, de manera que, cuando una enfermera anunció la presencia de Kenny en la clínica, la joven se quitó la bolsa de goma de la cabeza, pidió a Effie una chaquetita de piel, la gráfica y un lápiz. Con éste trazó una línea inverosímil en la gráfica y explicó a su sorprendida amiga:

—Es mi temperatura... Effie, estoy muy enferma, muy grave. Pronto voy a morirme. ¿Crees que podrás llorar?

—¿Ah, ya entiendo!...—sonrió su compañera.

Con cara compungida colgó la gráfica a los pies de la cama y, en tanto que Maxine adoptaba una artística y desfalleciente postura, hizo girar la manivela que servía para cambiar de posición la cama, murmurando:

—¿Por qué no será esto una gramo?

—Bueno, dile que ya puede pasar... Effie, llora.

Kenny entró con un ramo de flores. Al advertir el lamentable ros-

tro de Effie y su recomendación de que no hiciese ruido, le entregó las flores y se arrodilló junto a la pseudomoribunda, exhalando un gemido.

—¿Qué te pasa, mi vida?

Maxine levantó los párpados con dificultad y le contempló extrañada:

—Nada, Kenny... Estoy muy bien...

—Maxine, escucha. No debiste haberme seguido. Nunca me perdonaré por lo que ha pasado.

La horrorosa subida de la fiebre, que Effie le mostraba desde lejos, le hizo temblar y besó apasionadamente la mano de su novia, la cual sonrió triunfalmente.

—La culpa no fué tuya, Kenny. Ahora me doy cuenta de que tu vida es la mía. Mi deber es seguirte adonde quiera que vayas.

—Pero, Maxine, eso no sería justo—suspiró—. Una mujer no puede seguir semejante vida.

—Tú has elegido esa vida, Kenny.

—Pero no he de seguirla por



—No, ex... ¡ex la policía que te adora!



Kenny levantó la sábana y prosiguió su investigación.



Kenny, con una gran sangre fría, le desarmó,



—Pero, ¿qué haces con ese revólver?—exclamó finalmente el policía.



—¿Le conoce hace mucho, Kenny?



*—Le advierto que en seguida me di cuenta de que
era usted mi tipo—¡ahó.*



*Las esposas se cerraron en torno de las muñecas del
bandido.*



Rotarcia le sacando entre sus manos la peluca rubia.



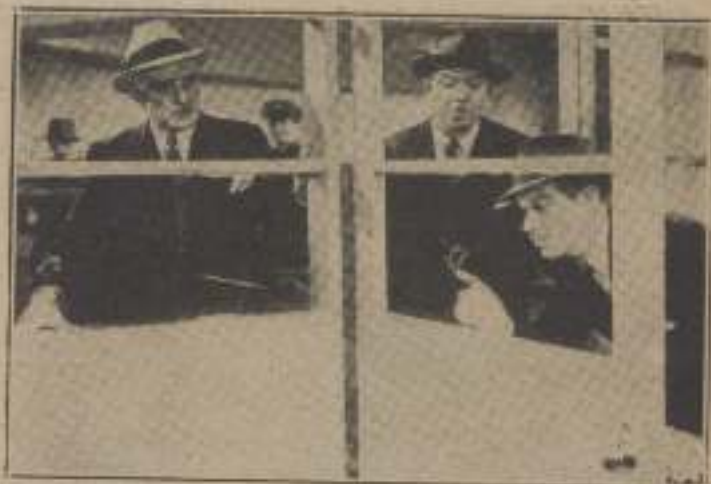
—Oiga, huele mucho a perfume.



*El atentado no había tenido consecuencias graves
para Maxine.*



El capitán estaba arrodillado ante la enorme puerta de acero...



Los cristales del oficio estaban en el interior del despacho.



*„En el despacho de Maxine, henchido de invitados
del sexo femenino.“*



*—Yo soy la única que puede hacerlo—aseguró,
copiando el número*



Se metió en el lavabo, cerró la puerta...



—Mac, llévuela, ¿quiere?

fuerza. Sé hacer otras muchas cosas.

—No puedo permitir que te sacrificues... ¿Qué vas a hacer?

Kenny se apartó de ella y fuése hacia un escritorio. Se detuvo ante él y la lucha que sostuvo entre su vocación y el amor no fué juego de niños. Por última, determinóse, se sentó y sacó un papel, empezando a escribir.

—Voy a enviar mi dimisión—respondió decidido.

Afortunadamente, la cauta Effie pudo contener a Maxine, que, impulsada por su triunfo, iba a abandonar su lecho y a estrecharle entre sus brazos, mientras el joven, con el rostro dolorosamente contorsionado, escribía y escribía la muerte de la gran ilusión de su existencia.

CAPITULO IV

MAXINE ES DERROTADA

El timbre de alarma de la oficina de agentes de la brigada de investigación criminal sonó con estrépito comparable al de la trompeta del juicio final. Mientras los desocupados se ponían la chaqueta, la cara del capitán apareció excitada y dura, comunicando a sus subalternos:

—Muchachos. Han asesinado al vigilante nocturno del Banco Nacional de la calle Spring. Se han llevado veintiocho mil dólares. ¡En marcha!

—¡El último que llegue será un cobarde!—gritó Bixler.

Pero una vez en el corredor, Mac Govern notó la ausencia de Kenny y frenó el galope de sus hucetes, preguntando por él.

—No lo hemos visto desde hace días—fue la réplica.

—Nunca está aquí cuando hace falta. Voy a despedir a ese tipo.

Pero la amenaza del capitán fué tardía, puesto que Deever le aborrió entregándole una carta. Rasgó el sobre, leyó su contenido y des-

pidió su sombrero contra la cornisa.

—¡Vaya con el pollo!—rugió—. ¡Conque se ha creído que va a abandonarme, el imbécil!... Con el crimen de un banco por aclarar... No le daré esa oportunidad. Vosotros, marchad con Deever, Bixler, ahora usted y yo nos encargaremos de impedir que se salga con la suya.

Maxine y Kenny se adentraron en el despacho de las secretarias del alcalde, saludando dichosos a Effie. Con ademán espectacular, puso ante los ojos de su amiga una cartulina.

—Effie, la licencia para casarnos —y a continuación exhibió un rutilante anillo—. Y, fíjate... ¿Verdad que es lindo?

—Cualquiera diría que es bueno —comentó su amiga.

Kenny se distrajo de su conversación, estudiando los titulares de un periódico que describían el robo, causa de la movilización de Mac y de sus hombres. Un silbido agudo brotó en sus labios.

—¡Recórcholis! ¡Veinticinco mil dólares robados a un banco! Son muchos dólares!

Sus ojos brillaron peligrosamente y toda su apostura demostró su interés, poniendo sobre aviso a Maxine, que le acarició el rostro muy preocupada.

—¡Oh!... Pero ya no te interesan esas cosas, ¿verdad, Kenny?

—¿Qué?... No, no, a mí ya no me interesan los asuntos policíacos—y para demostrarlo se encaró con su amiga—: Oye, Effie, avisa al alcalde. Queremos que nos case él personalmente.

—Estará ocupado al menos hasta las doce.

—¿Hasta las doce?... Pues haremos de esperar dos horas—murmuró Kenny.

—Effie, ya que eres tú la que ocupará mi puesto, te enseñaré dónde están las cosas—y aconsejó a su novio—: Encanto, entretente como puedas.

El hastio de Kenny no pudo soportar las detalladas explicaciones de Maxine. Deambuló por el despacho; insensiblemente se acercó al periódico y fue superior a su voluntad el gesto de desplegarlo. Repasó las noticias, con todo su instinto alerta. Empezaba a flaquear; levantó los ojos del papel... En la ventana del despacho de los agentes, estaba Bixler limpiando una bruñida caña de pescar, en lugar de estar resolviendo el enigma del banco. Y ya no pudo contenerse.

—Escucha, nena. Voy un momento a devolver la chapa y a vaciar mi armario.

Bixler continuó puliendo el apa-

rejo y apenas le hizo caso. La curiosidad de Kenny estaba al rojo vivo. Bixler era muy eficiente y tan apasionado por aquellos asuntos como él mismo.

—¿Para qué es esa caña de pescar?

—Para pescar elefantes—afirmó Bixler—. Oye, pero ¿qué haces aquí? Creí que habías dimitido.

—Sí, sólo he venido a devolver la chapa—dijo, dejándola sobre la mesa.

—Je, je... ¡Pues ya somos dos! Yo también dimito—se rió, señalando la insignia tirada sobre la mesa.

—¿Que tú dimites?... ¿Por qué?

—Porque si quiere insultarme puede hacerlo aquí, pero no ante el presidente de un banco. Así que me largo.

Kenny depositó su gabardina y su pistolera sobre la mesa. Estaba estupefacto y cierta lástima hacia el capitán se reflejaba en su rostro, que, percibida por Bixler, le decidió a poner un cebo más apetitoso en la trampa.

—Ten en cuenta, Kenny, que el robo del banco es un asunto maravillosamente ideado. No hay una huella a mil leguas. Es un caso que no se presenta a diario. Se me ocurren cien ideas para llegar a aclarar el misterio, ¡y se le antoja lla-

marme imbécil delante del presidente! Por eso me voy.

Kenny mordió el anzuelo. Sus mandíbulas se contrajeron. Llamaron al teléfono y Bixler se negó a contestar, a pesar de su insistente petición de que lo hiciera.

—¿Por qué? Hemos dimitido. Ya no trabajamos aquí, ¿no te parece?

—Pero es que puede tratarse de algo importante. ¿No te parece que debemos contestar?*

Por fin accedió Bixler, aunque, de mala gana en apariencia. Kenny cogió el aparato y anunció que Mac Govern estaba al habla. Bixler hizo una mueca de asco y un gesto de desprecio.

—Cuelga el aparato, Kenny. Demuéstrale a ese viejo la opinión que tienes de él.

El capitán, sin embargo, quería hablar con el despreciativo Bixler, que al saberlo se mostró dispuesto a enviarle por sí mismo al diablo. De un empujón, Kenny le obligó a sentarse y respondió en su lugar. Finalizada la conversación, se encará risueño con Bixler.

—Vaya, ¿qué te parece? Mac Govern se ha vuelto loco; está arrepentidísimo. Acaba de pedirme que te acompañe al banco. Quiere darte una explicación.

—Que se la dé a su abuela; a

mi no me hace ninguna falta. Ya conoces mi mal humor.

—Oye, no quiero perder esto. Tengo un par de horas aún. Deja que te acompañe a verle.

—Bueno, está bien; pero no trabaje.

—No, recuerda que ya no trabajamos aquí—reparó Kenny indicando las insignias.

Se decidieron, mejor dicho, se decidió Kenny. Bixler, muerto de risa, le fué pisando los talones. La diplomacia había ganado. Effie, entretanto, tampoco había perdido el tiempo, y con gran contrariedad de Maxine, convidó a la boda a casi todo el personal femenino del edificio.

El capitán estaba arrodillado ante la enoma puerta de acero de la cámara acorazada del banco e investigaba ayudado por Deever. Fué hasta él Bixler y se mofó:

—¿Qué hace usted ahí, Mac? ¿Jugando a las bolitas?

—Oiga, gracioso, recuerde que dimitió—aconsejó el capitán, recogiendo algo del suelo.

—Si quiere darle una explicación a este chimpancé, aquí lo tiene—avisó Kenny.

Mac, ocultando una sonrisa, le suplicó que aguardaran un momento si les interesaba, que abrieran bien los ojos para recibir una lec-

ción de criminalología. Bixler quiso marcharse, pero su amigo le contrató:

—¡No, Bixler! Aguarda un poco. No te vayas y así veremos cómo deja en pañales a Sherlock Holmes.

—Guarde estos residuos y saque su libro de notas—ordenó el jefe a Deever, siendo obedecido.

—Oye, qué imperativo se ha vuelto, ¿eh?—se burló el incorregible Bixler.

—Sí, sobre todo desde que no trabajamos a sus órdenes—confirmó Kenny.

El capitán, simulando dictar a Deever, aunque en realidad exponía la situación al joven y le atrapaba astutamente, entró en el despacho del cajero, comentando los vestigios que tenían. Según él, el cadáver del vigilante fué hallado con dos balas y tendido en el suelo. Su pistola tenía una cápsula vacía. Los malhechores, en número de dos, le maniataron, dejándole en el despacho y abrieron la caja fuerte; entonces, el vigilante se soltó una mano y le disparó un balazo, como mostraba la puerta de cristales.

Todas estas deducciones desataron las risas de Bixler y de Kenny; fingiendo una cólera terrible, el capitán mandó que se callaran, pero Bixler siguió como si nada.

—¡Imagínate!... ¡Se olvidaron de

la pistola aun cuando le maniataron!

—¡Oh! ¿Conque esas tenemos, eh?—rugió Mac—. ¡Qué listo se ha vuelto ahora que no trabaja ya!

—No, Mac tiene razón. Debieron desarmarlo, pero había en este cajón otra pistola—defendió Kenny, ya vencido por su vocación—. El vigilante lo sabía. Cuando logró soltarse la mano, abrió el cajón seguramente.

Y mientras todos los policías cambiaban señas de contento, rebatió la hipótesis del capitán. Los cristales del orificio, producido por el proyectil en la vidriera, estaban en el interior del despacho, por consiguiente, debió ser el criminal el que hizo fuego. Es más, continuó, el impacto de una bala sellado en la puerta de la caja fuerte, procedía del arma del vigilante, como convino Bixler. Deever había apuntado toda la explicación y la ficción progresó.

—¿Por qué no se habrán olvidado un guante, una herramienta o algo parecido?—se exasperó el capitán.

—Sí, o la dirección o el número del teléfono—terció Kenny—. Además, no fué más que un hombre, Mac, un hombre ágil, alto y fuerte—dictaminó señalando la altura del dispero.

—¿Por qué lo supone?

—Porque de haber habido más de uno, no habrían dejado solo al vigilante.

Resumió los hechos. El ladrón, sea como fuere, entró en el banco, sorprendió al vigilante, lo maniató, le quitó la pistola y se dirigió a la caja. Mientras tanto, el vigilante abrió el cajón del escritorio, sacó la pistola y le disparó a través de la puerta abierta. Erró el tiro y el criminal le disparó a su vez certamente.

—¡Vaya! Ya lo estás estropeando todo! ¿Para qué te metes a ayudarlo?—protestó Bixler.

—Sólo para que no vaya a quedar impune la muerte del vigilante. ¿Por dónde entró?

Ya no vacilaba. El capitán respiró satisfecho y le guió a un callejón, en donde había la huella de una rueda, de la que habían sacado un molde de yeso. Lo estudió y preguntó:

—¿Nada más?

Deever le pasó un libro de dibujo de los empleados en las escuelas públicas para rellenar con lápices de colores, asegurando que lo debió tirar un niño. Inmediatamente, obtuvo una contestación:

—Los niños no tiran estos libros sin acabar de pintarlos—dijo, hojeándolo—. Fíjese. El conejo Pe-

drito con barba, la Canicicenta con barba y Blanca Nieves con barba.

Aquello era una pista débil, pero pista al cabo, y no andar a ciegas como hasta entonces. Le informaron que el libro había sido hallado junto a las ruedas del coche y no necesitó más para averiguar con qué fin había sido empleado. Tapó con él la matrícula trasera del automóvil.

—Es posible que recuerde usted este viejo truco. ¿Qué le parece?

—Oye, probablemente debió caerle cuando huyó—no pudo menos de apuntar Bixler.

—Sube al coche, Bixler—le ordenó.

Hizo él lo mismo y el capitán creyó que debía protestar para guardar las apariencias, mientras Kenny ponía el motor en marcha.

—Diga, ¿a dónde pretenden ustedes ir?

—Al departamento de Instrucción Pública... a ver si le admiten a usted como párvulo.

—¿Qué se ha creído! ¡Ese es mi coche!

—Múlteme — respondió, arrancando.

A continuación, Bixler y Kenny vieron tantos niños en las escuelas como para sentirse Herodes. Mareados, atormentados por el cúmulo de caras desconocidas y garaba-

tos incomprensibles, estaban próximos a decirse derrotados, cuando Kenny tropezó con el niño amante de las barbas, un gracioso chiquillo, que le contemplaba sonriente.

—Oye, ¿por qué pintas barbas a todas las niñas de los cuentos?—exclamó, sentándose a su lado.

—Yo le pinto barbas a todo el mundo, porque las barbas es lo que pinto mejor—dijo y en demostración barbó a un inocente conejo.

—¿Has visto alguna vez esto?—preguntó, enseñándole el cuaderno.

—Pues, claro. Es mi libro de dibujo. ¿Dónde lo encontró?

—¿Dónde lo perdiste?

—Lo perdí en casa anoche. Yo estaba pintando cuando entró papá y me dijo que podía irme al cine con la señora Murphy.

—¿Y al volver no le preguntaste a papá por el libro?

—No. Ya se había ido.

—Ido, niño—corrigió la maestra.

—Sí, ido, ido... es igual—se rebeló contra la gramática.

Repentinamente, Kenny experimentó una pena infinita. El deber es muy duro a veces y, en aquella ocasión, sus consecuencias iban a pesar sobre la inocente y risada cabeza que estaba acariciando. Dominó su debilidad y con los rasgos tensos, preguntó, quitándole un lápiz:

—¿Sabes dónde vives?

—Sí, en la calle Maple, número dos—informó satisfecho.

El padre del niño mencionado estaba en el garaje con medio cuerpo dentro del motor. Kenny, que se había hecho cargo definitivamente del asunto, le tocó la espalda, obligándole a volverse. Antes de que hablara, el hombre palideció.

—Somos agentes, Stanley. Queremos hacerle un par de preguntas. ¿Es suyo este coche?

—Sí—tartajó.

—Es usted ex presidiario. Según su ficha, en 1930 le procesaron por hurto. ¿Dónde estuvo anoche?

—En ninguna parte. Solamente salí a pasear un rato—contestó más y más intranquilo.

Bixler, que había estado registrando el portamaletas del automóvil, le llamó, enseñándole un soplete, un par de guantes medio quemados y una botella de whiskey vacía. Las pruebas eran abrumadoras y Stanley tuvo que apoyarse en una mesa, llena de herramientas, para no caer.

—¿Conque ha estado usted bebiendo, eh?—le interpeló Kenny.

—No, se lo prometo—gritó Stanley—No he quebrantado mi palabra en absoluto.

—¿Dónde metió el dinero?—in-

sistió el policía, entregando los objetos a Bixler como prueba.

—En ninguna parte.

—No se haga el tonto. Usted asaltó el banco y mató al vigilante.

Bixler declaró que las ruedas también coincidían con las huellas, acallando secamente sus protestas. Kenny, preparándose para un largo interrogatorio, se sentó en un cajón y le animó:

—Vamos, confíeselo todo.

El olvido de Kenny tenía una gran repercusión en el despacho de Maxine, hechido de invitados del sexo femenino. El alcalde, al oír el bullicio, demostró su sorpresa por la concurrencia y Maxine le pidió perdón, explicándole el motivo del allanamiento de su oficina.

—No se preocupe. Encantado, ¿pero no es un poquito tarde? ¿Dónde está ese novio?

—Seguramente vendrá ahora. Ahí está... Siempre hemos de pelearnos.

Pero quien entró fué un vejete, preguntando por el alcalde. El novio permanecía en el garaje de Stanley, a quien acosaba a preguntas, de manera que el hombre tuvo que decidirse a confesar.

Su declaración coincidió en todos los puntos con la teoría esbozada por Kenny. Bixler tomaba notas, exhalando gruñidos de aprobación. Pero únicamente hubo una discre-

pancia. Stanley afirmó que, cuando el vigilante hizo fuego:

—...El hombre se puso detrás de mí y disparó sobre mi hombro, empleándome de escudo. Hizo... hizo fuego tres veces y... y mató al vigilante.

Bixler y Kenny cambiaron una mirada en la que relucía la inverosimilitud del relato de Stanley. No obstante, cabía que dijera la verdad, de aquí la insistencia del joven:

—Bien. ¿Recuerda qué aspecto tenía el misterioso atracador?

Stanley se pasó la mano por la frente y meneó la cabeza de izquierda a derecha repetidas veces.

—Estaba tan oscuro y yo me encontraba tan excitado, que... que apenas podría describirle... ¿Les parece que miento?

La historia era increíble. El hombre había afirmado necesitar sus servicios y su soplete para libertar a un empleado encerrado en la cámara del banco. Stanley no se pararía en barras con tal de salvarse. Lo único verídico era que las pruebas existían, colosalmente acusadoras.

—Eso lo decidirán los jurados y el juez. Nosotros hemos de detenerle. ¡Vamos!—ordenó Kenny.

La atmósfera en la antesala del despacho del alcalde, merced al retraso de Kenny, había llegado a ser

insuportable. Los invitados habían consumido suculentos trozos de pastel y algunas botellas y, sin embargo, el hambre apretaba. Maxine se había refugiado en el santasantorum de su jefe y Effie hacía frente a las contingencias, que no tardaron en acaecer.

—¿Aun no se sabe nada de él, Effie?—preguntó una joven rubia.

—No, aun no — contestó Effie irritada.

—Tendrás que perdonarme, pero no tengo más remedio que marcharme—suplicó otra muchacha.

Como si fuera la señal de la desbandada, algunas fueron desapareciendo, sin que Effie encontrara motivo para descargar la billa acumulada, hasta que una joven oxigenada y muy compuesta, se le acercó, diciendo:

—¿Puedo volver a llevarme mi regalo?

—Sí, no lo echaremos de menos —gruñó Effie, animando al resto—. Vamos, vamos, muchachas. Tomad alguna cosa. Estoy segura de que llegará de un momento a otro.

—Debe ser muy embarazoso para la pobre Maxine tener que aguardar tanto al hombre con quien va a casarse—se compadeció la envidiosa oxigenada.

—Escucha, encanto — la interrumpió la leal Effie—, ¡No es nada

comparado con lo que tú tendrás que aguardar!...

Irrumpió a renglón seguido en el despacho del alcalde, en donde Maxine, descansando en un sillón, era vivo remedo de la desesperación de su espíritu y no necesitó sino ver a Effie para entender que la ausencia todavía duraba.

—¿Telefonaste al departamento?—gimió.

—Sí. Dejé su placa, pero no saben a dónde fué.

El alcalde se apartó de la repisa de la chimenea, en que estaba acostado, y consultó su reloj.

—Si no llega pronto, Maxine, no tendré más remedio que... —lamentó.

—Ya lo sé... lo sé. Ha tenido usted mucha paciencia—agradeció la joven, levantándose—. Bien, creo que ya no queda otro remedio que salir a excusarse.

Acompañada de su jefe, se enfrentó con sus amigas e intentó aclarar su situación con la debida diplomacia. Poco después, sólo quedaban los tres en el despacho y compareció el capitán Mac Govern con un ramo de flores, que entregó a Maxine sonriendo burlón.

—Bien, aquí está el padrino. ¡Más vale tarde que nunca!—gritó.

—Esta vez no—apuntó Effie.

El policía encaróse con el alcal-

de y dejó caer gota a gota el veneno de la venganza, destilado desde que Kenny presentó su dimisión:

—Señor alcalde, se habría usted sentido orgulloso de mi departamento, si hubiera visto cómo Kenny Williams se hizo cargo del caso y empezó a solucionarlo en seguida. ¡Le digo a usted que ese chico es un genio!

—¿Qué caso?—suspiró Maxine, viendo visiones.

—El del robo del banco de la calle Spring. Lo tiene casi hilvanado. Sólo faltan unos puntos.

—¿Conque volvió?—indignóse Maxine.

—Claro. En cuanto olfateó el caso, no hubo fuerza humana que lo detuviese.

—Está bien, Mac. He perdido. Usted ha ganado.

—¡Oh, no se aflija! Pronto estará de regreso.

—¿Aunque regrese, ya no me importa!

—No sea usted tan rencorosa, Maxine...—le apaciguó, adivinando que había ido demasiado lejos.

El alcalde, observando que las lágrimas titilaban en las pupilas de Maxine, puso fin a su congoja moral, haciendo pasar al capitán a su despacho.

Maxine, como primera providen-

cia, proyectó el ramo en dirección de la papetera, cambió de posición su antigua máquina de escribir y tendió un fichero a su consternada amiga.

—Effe... Lo siento, pero tendrás que volver a poner esto en su lugar.

Effe se quedó boquiabierta y con el fichero gravitándole en la mano.

—Pero, ¿por qué?

—Tú sigues siendo mi ayudante y yo la secretaria del señor alcalde.

—Escucha, no te preocupes por mí.

La recomendación de Effe mereció un abrazo de Maxine, harto debido si se considera que su sueldo volvía a rebajarse en unas cuantas decenas de dólares. Maxine sacóse con rabia una lágrima, destapó la máquina de escribir y conectó el micrófono con el despacho de su superior.

—Señor, ¿le parece que haga una copia del informe de la Comisión Financiera?

—Sí, claro... ¡pero créi que se marchaba!—se asombró.

—Yo también... Nos han jugado una broma a los dos.

Sus dedos repiquetearon durante unos segundos las teclas. Como estaba vuelta de espaldas a la entrada, no percibió la aparición de Ken-

ny, que acalló los ademanes de protesta de Effe y le tapó los ojos con las manos.

—¿Quién soy?

Pregunta innecesaria bajo todos los aspectos. Maxine no se alegró como había supuesto y se volvió a medias, mirándole con una fijeza tormentosa.

—Lo siento, Kenny, pero no me hace gracia alguna—anunció, esquivando un beso.

—¡Oh, atiende, Maxine! De no haberse tratado de un caso tan interesante como...

Maxine se levantó con tanta violencia que le obligó a retroceder unos pasos, pero tornóse a sentar al instante:

—Desde luego, todos son interesantes... Ya me lo sé de memoria. Sólo que yo tenía la idea, quizá algo descabellada, de que el matrimonio es una cosa que sólo pasa una vez en toda una existencia. Puedes encontrar miles de casos, pero claro que, si era tan interesante como tú dices...

Kenny sintió que la tierra se abría bajo sus pies para tragarle. Jamás hasta entonces Maxine había aceptado tan filosóficamente las contrariedades de sus relaciones; por consiguiente, aquella irónica indiferencia auguraba que todo había terminado entre los dos.

Ahora bien, así que se encontró con suficientes energías para suplir, Maxine avanzó hacia el despacho del alcalde, en cuya entrada la paró:

—¿A dónde vas?

—Yo todavía trabajo aquí, Kenny, y tú trabajas allá—contestó señalando la ventana de la brigada.

Nueva flecha que se clavó en su desalentado corazón. Intentó cogerla entre sus brazos, pero fué rechazado.

—Pero escucha, querida, de veras que lo siento...

—Claro que sí y además lo creo —afirmó, regresando a la máquina de escribir—: La culpa no es tuya. Tú lo has intentado. Pero te has convertido en un soldadito de plomo a las órdenes de Mac Govern... Sigue obediéndole; yo no te quiero de ese modo... Al fin y al cabo, no me necesitas. Te has desposado con la brigada y soy incapaz de

perturbar vuestro idilio. Aquí tienes tu licencia de matrimonio. Legalízala, tacha mi nombre y pon en cambio el suyo. Y ojalá que seáis muy felices los dos.

La última parte de su diatriba había sido percibida por el capitán y toda ella soportada por Kenny con la cabeza humillada, como siempre, vacilante entre el deber y el amor. Supo el capitán que si el joven persistía en aquel anonadamiento sus artimañas se esterilizarían y para evitarlo le agarró de un brazo.

—Anda, Kenny, vámonos

En su expresión se adivinaban volúmenes de desprecio para Maxine, que tecleaba impasible. El teniente se puso el sombrero y salió arrastrado por Mac. Effie también quiso meter su cucharada en aquella sopa y les despidió, levantando una mano:

—¡Albricias!... ¡Ojalá todos tus hijos salgan sabuesos!

CAPITULO V

POR BORRAR UN ERROR... ERRORES

Las cosas desagradables se amontonaban sobre Kenny desde que Maxine rompiera sus relaciones con él. Así, pues, soportaba estoicamente el chaparrón de acusaciones de Stanley, en tanto que el tren le conducía al patíbulo, fingiendo hacer un solitario, que, en realidad, era un subterfugio para rehuir su faz.

—Se sentirá muy orgulloso de sí mismo, ¿verdad?

—No me he sentido nunca...

—Es posible que llegue usted muy alto alguna vez. Pero le advierto que aunque llegara usted a ser rey, siempre le perseguirá un penoso remordimiento... ¡Mi hijo! A él no le engañará usted.

Esta escena se prolongaba desde hacía una hora. Stanley había sido condenado a la pena capital y o era un hábil simulador, o en cuanto decía palpitaba la verdad... El corazón y el cerebro de Kenny le decían que lo último era cierto... No

podía resistir el martirio de aquel hombre y el suyo... Desgraciadamente, las pruebas habían convencido al jurado...

—No meta a su hijo en esto. ¿Qué tiene que ver el pobrecillo? Si puedo hacer algo por él...

—No aceptaría favores de usted, porque mientras viva le tendrá por un hombre sin escrúpulos que prefirió enviar a un inocente a la muerte, antes que confesar una equivocación... ¡Ha convertido la dulzura de su corazón en un verdadero odio! ¿A dónde quiere que vaya mi hijo? ¡Dígame!... ¿Qué espera que sea de mi hijo?

Exasperado, dió un golpe y arrojó parte de la baraja al suelo, aunque inmediatamente, tapándose el rostro con las manos, pidió y obtuvo perdón por su arrebat. Kenny hubiese dado su mano derecha por salvarle y comprendía a la perfección su estado de ánimo.

—Me preocupa mi hijo más que ninguna otra cosa...

—Me hago cargo.

—¿Quiere alcanzarme un cigarrillo de mi chaqueta?

Kenny descolgó la prenda por el cuello y buscó la cajetilla, pero jamás sacó aquel cigarrillo. ¡Había descubierto algo importantísimo!

—¿Llevaba esa chaqueta la noche del robo?

—Sí, esa—le respondió.

Ya no le quedaba ninguna duda de la veracidad de Stanley. Era inocente, más inocente que él mismo.

—¡Vaya descubrimiento!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Ve aquí marcado un trazo y la tela algo quemada?—contestó, señalando el hombro izquierdo de la prenda—. Es producto de un disparo. La línea fué trazada por una bala, como si alguien hubiera disparado desde su hombro, por detrás.

—¡Pero si eso es lo que le dije!

—Sí, ya lo sé; pero mi trabajo consiste en creer lo que veo y no lo que oigo. ¿No recuerda el aspecto de aquel tipo? ¿Algún detalle para poder identificarlo?

Stanley hizo un esfuerzo mental y sacudió, después, negativamente la cabeza:

—Ocurrió tal cual le dije... estaba tan excitado que... ¡no, no pue-

do acordarme!... ¡no puedo acordarme!

No obstante, su desesperación era innecesaria. Una idea luminosa se le había ocurrido al detective. Le hizo jurar que no había bebido la noche de autos y, asimismo, que la botella de whiskey no le pertenecía. Entonces, exclamó:

—Esa es la única pista que tenemos. ¡Vamos!

Se puso en pie y le libró de las esposas. Stanley, para quien todos sus proyectos eran sorprendentes, preguntó sin levantarse:

—¿Por qué? ¿A dónde quiere ir?

—Bajaremos en la próxima estación—anunció, contestando a su segunda pregunta—: Amigo, ha tenido usted la suerte inmensa de dar conmigo.

—Ya... así ahora tengo suerte, ¿verdad?—ironizó Stanley.

Su ironía se esfumó al ver que Kenny cumplía su promesa y que no sólo confiaba en él, sino que también estaba dispuesto a arrostrar la ira de Mac Govern, bien que a la distancia que supone el teléfono, amén de un buen puñado de kilómetros.

—¡Hola, Kenny!, ¿dónde está?—dijo el jefe de la brigada criminal.

—¡Oh, eso es lo de menos!... Pero... es que he bajado del tren. He resuelto dejar libre a Stanley.

Como de costumbre, la mala suerte de Mac quiso que tuviera un puro entre los dientes. Casi se asfixió y su protesta se perdió entre toses y ronquidos, pausa aprovechada por su subordinado para relatarle el error que habían sufrido. Cuando terminó, Mac había recordado sus arrestos:

—Oiga, no me... ¿Qué es lo que está diciendo, imbécil? ¿No se da usted cuenta? Sólo porque se le antoja, quiere soltar a un asesino condenado a muerte. Un jurado le condenó y no va usted a ponerle en libertad por su propia iniciativa... Escuche, Williams—bramó en tono perentorio—, jordenos que se presenten aquí en el plazo de cinco minutos, si aprecia en algo su vida! ¿entiende?

—Está bien, Mac. Puesto que lo quiere de este modo, venga a bucararme. Usted es un buen detective.

Interrumpida la conferencia por Kenny, el capitán aplicó la palma de su mano sobre los timbres de todas las dependencias a sus órdenes, con lo que poco más tarde su despacho parecía un avispero de agentes.

—Muchachos, ese Williams no tiene arreglo. Se apeó del tren con Stanley.

—¿Se lo habrá llevado al baile igual que hizo con Moseby?—apun-

tó Bixler, cuando se calmó el alboroto producido por la noticia.

—¡Yo qué sé a qué parte se lo ha llevado!—tronó Mac, entrando en acción—. Anderson, diríjase a casa de Kenny; Jameson, usted y Riley vuelen a la de Stanley. Ustedes dos irán conmigo.

Deever y Bixler echaron tras él; este último se rascó, perplejo, el cogote y quiso saber:

—Pero ¿no va a ir nadie al baile del Casino?

El activo Mac Govern golpeó a medianoche la puerta del departamento de Maxine y Effie y recomendó a sus dos hombres que no se ablandaran por tratarse de dos mujeres. Esto aclaró su brusca irrupción en el piso y el que la boca de Effie, que había franqueado la entrada, fuera tapada por la palma de la mano de Bixler; pero como no era manca ni pacífica, mordió la carnosa diestra del teniente hasta que éste la soltó con un aullido de dolor.

—Cuidado, señorita — aconsejó Mac—. Echen un vistazo a todo esto, mientras yo registro la habitación.

Anteriormente, Maxine se había puesto un salto de cama y cortó en su alcoba el paso del capitán, inquiriendo los motivos que tenía para allanar su morada.

—Busto a Kenny Williams.

—¿Williams, Williams? No le conozco... No he vuelto a ver al señor Williams desde que me dejó plantada. Se lo cedí a usted, ¿recuerda?

—Señorita, y yo se lo devuelvo complacido a precio de ganga—respondió, registrando el cuarto de baño.

—Pero, ¿es que han reñido usted tan pronto, capitán?

—No ha sido eso. Es que ahora se le ha ocurrido desafiarnos a mí y a todo el cuerpo de policía... Nada más.

Maxine sintió que el triunfo renacía en su corazón. Nadie podía dominar a Kenny. Pisando los talones del policía, regresó al recibidor, al que atronó con sus alegres carcajadas, enfureciendo al defraudado Mac.

—Pues no crea que tiene tanta gracia. Esta vez, cuando le eche el guante, cumplirá diez años de prisión.

—¡Magnífico! Comuníqueme el número de su celda y tendré el gusto de enviarle una novelita rosa —se burló, cerrando la puerta.

Mac Govern tomó disposiciones preventivas. Dejó a Bixler de guardia en el corredor y envió a Deever al sótano con el encargo de interceptar cualquier llamada telefónica, que habría de comunicar inmediatamente a la brigada.

Effie, cuya hostilidad había desaparecido como por encanto, apretó el brazo de Maxine y la miró de frente:

—Oye, le condenarán a diez años de cárcel. No es cosa de broma.

—Pase lo que le pase, el señor Williams tiene ya edad suficiente para saber lo que hace.

—Pero esto es muy serio, Maxine.

—Effie, no te preocupes. Mañana será un día de mucho trabajo y tengo que dormir —protestó, aunque su corazón no era tan duro como fingía.

* * *

A primeras horas de la mañana del día siguiente, Kenny entró en una farmacia, pidió una ficha y, tras de otear en todas direcciones, marcó el número de Maxine y le anunció sus apuros.

—Eso ya no es nuevo—le martirizó—. Tus amigos han estado aquí, merodeando toda la noche.

—Oye, nena, tienes que ayudarme. Estoy en la farmacia que está en la esquina. He de verte en seguida. No quiero arriesgarme a subir; tendrás que bajar tú aquí.

—Perdona, lo siento. Pero tengo que vestirme para ir a trabajar.

—Pues, pasa cuando salga. Te esperaré aquí dentro de media hora. No faltes.

Naturalmente, la conversación fué interceptada por Deever, que, reventando de orgullo, segundos después la explicaba a Mac Govern.

—Estupendo. Estacionese en la farmacia y no le deje escapar. Mejor será que le acompañe Bixler por si se resiste. Voy inmediatamente.

Bixler y Deever se personaron

en la farmacia y, sin decir esta boca es mía, registraron la cabina, los mostradores y los armarios, mientras el propietario protestaba contra su inicuo comportamiento. Le llevaron aparte, y el teniente dijo:

—¿Ha visto usted un tío de traje claro con bigote pequeño?

—Claro que sí, ha estado aquí telefoneando. Dijo que volvería dentro de cinco minutos a esperar a una chica.

Exhibieron los emblemas de su autoridad y Bixler reclamó permiso para ocultarse en la trastienda. De mala gana, sospechando que una tormenta rugía en la lejanía, el farmacéutico accedió.

—Está bien. Pero no rompan nada.

Y lo primero que hizo Bixler, en su presencia, fué derribar una hilera de botellas de perfume.

Mientras tanto, Kenny comparció en casa de Maxine, a quien encontró preparándose para acudir a la farmacia. La quiso besar, pero fué rechazado con energía.

—¡Vaya, que me ahorquen si no es el incorregible señor Williams! Por lo visto algues siendo tan informal. Tenía una cita contigo en la farmacia.

—Sabía que tu teléfono estaba interceptado, por eso lo hice—sonrió.

—Bien, bien, bien. Aun eres la lumbrera del departamento.

—Aguarda, no lo tomes a broma, esto es importante. Necesito que me ayudes.

—Lo siento, Kenny. Mi orgullo tiene su límite—replicó, dándole la espalda.

Pero Kenny no cedió. La detuvo y le hizo mirar cara a cara, procurando que su acento relatara la preocupación de su alma.

—Anda, aunque sólo sea por el recuerdo... Escucha, Maxine. No te lo pido por mí. Tenemos en nuestras manos la vida de un hombre inocente. Se trata de Stanley. El no lo hizo. Tengo que probarlo. Sólo existe una pista que pueda conducirme a descubrir al culpable. Una botella de whiskey. He de obtener esa botella.

A pesar de su incredulidad, atendió a su explicación. Todas las botellas de licor tenían un número de registro, mediante el cual era posible averiguar su comprador, a base de interrogatorios sobre él. Necesita-

ba, por consiguiente, la botella guardada en el archivo de la alcaldía y la única persona que podía llegar a tal lugar era ella misma.

—Atiende, Maxine—suplicó ante su desvío—. He ocultado a Stanley y no puedo perder un solo segundo. Si no prueba su inocencia me condenarán a diez años de prisión. No es que eso me importe mucho, pero no voy a permitir que ejecuten a ese pobre hombre. Mi... mi conciencia me acusaría.

—Te has metido en un buen lío, ¿eh?—y al afirmarlo él, agregó—: Algo me dice que estoy a punto de cometer una tontería otra vez.

Con un ademán espartano, cortó su gesto de abrazarla. Luego levantó la barbilla con imperio y aclaró:

—Aguarda un momento, Kenny, que quede entendido. No quiero que vayas a la prisión, porque igual que tú tengo conciencia. Te conseguiré la botella, pero recuerda una cosa: ¡yo no voy dentro del frasco!

Para un hombre desesperado, poco es menos que nada y mucho más si ha de conquistar a su novia, la cual llama a una amiga íntima para que prepare un desayuno a fin de saciar a su hambriento estómago.

—¿Un desayuno para quién?—gritó Effie saliendo de la alcoba.

—Para Kenny.

—¿Kenny!—gimió Effie, desplomándose sobre el diván.

En cumplimiento de su promesa, el capitán Mac Govern corrió a la farmacia. El farmacéutico, bien porque su olfato se hubiera aguzado, bien porque el aspecto de policía del capitán era desalentador, le indicó la trastienda, sin profesar una palabra, en donde halló a sus dos hombres ocupados en husmear los frascos y botes.

—Bien, ¿dónde está?

—No sabemos — negó Bixler—. Dejó dicho que volvería dentro de unos minutos.

—Está bien. Yo aguardaré aquí con Deever. Suba usted al piso por si ocurre algo imprevisto. No quiero que se escape.

Kenny se estaba afeitando en el cuarto de baño y Effie guisaba un apetitoso desayuno. Llamó Bixler en la puerta de la casa y antes de que Effie acudiera, introdujo su persona en el departamento sin más requisitos. La mujer notó que las piernas le flaqueaban, pero conservó la energía necesaria para obstaculizar el paso de Bixler y hacer unos ademanes, que, por mudos, no prestaron ninguna ayuda a su amigo.

—¿Qué le pasa?—preguntó Bixler, sacudido de sus visajes.

—Nada — dijo, sin detener sus gestos.

Kenny se preparó la trampa, pues al oírle hablar, chilló:

—¿Eres tú, Maxine?

Bixler susurró a Effie que se estuviera queda y recibió un nuevo mordisco. Vencido el dolor, desenfundó su revólver y cautelosamente se apoyó en el quicio del cuarto de baño, asestando el arma contra su colega.

—¿Qué tal, Kenny?... ¡Manos arriba!

La amenaza no le impresionó ni poco ni mucho. Acabó de afeitarse, se secó la cara y limpió la navaja, mientras Bixler, con el júbilo radiante de un cazador afortunado, le quitaba el revólver. Kenny se puso la chaqueta y empezó a hablar:

—Bien, te felicito, Bixler. Empiezo a creer que tienes ciertos vestigios de inteligencia. ¿Cómo se te ocurrió subir aquí cuando dije que iba a estar en la farmacia?

Bixler le puso una esposa y cerró la otra en su propia muñeca. Y dijo:

—No lo sé... Porque he sido más listo que tú sin duda—pavoneóse.

—Es sorprendente.

—¿Dónde está Stanley?

—¿Cuánto me das si te lo digo?—propuso irónico.

—Ya lo averiguaremos. ¡Lo que vamos a divertirnos esta vez en el departamento!

—No será muy fácil... ¡Está bien!

Esta resignada exclamación correspondió al tirón con que Bixler le obligó a salir del cuarto de baño. Una vez en el recibidor, Kenny guiñó el ojo a la contristada Effie y le palmoteó la espalda, rogándole:

—¿Quieres darme el sombrero, Effie?

—No sé por qué siento un nudo en la garganta—se lamentó la mujer, entregándoselo—. Ya me estaba acostumbrando a nuestras peleas.

—Gracias, Effie. Bueno, vamos.

Effie se enjugó una lágrima de pesar. Los dos policías pisaron el corredor, en dirección del ascensor, pero antes de que llegaran a él, se abrió y Maxine casi chocó con ellos. Las esposas le relataron lo sucedido; no obstante, supo disfrazar tan bien su desilusión, que la mirada que lanzó a Bixler hinchó a éste de orgullo, en lugar de aniquilarle.

A Kenny le bastó con percibir la botella de whiskey en sus manos.

—¡Hola, teniente Bixler! Vaya, ya veo que al fin lo ha cogido.

—Sí, eso parece—galeó.

—Deje usted que sea la primera

en felicitarle. No ha hecho más que darnos la lata a Effie y a mí. No quisimos entregarle por la amistad que antes nos unía, pero así estoy mucho más tranquila...

—¡Eh!...—protrumpió Bixler.

Había advertido la botella de whiskey con la desagradable sorpresa consiguiente. Pero Maxine no se arredró ante su descuido y la agitó muy satisfecha.

—Sólo es un reconfortante. Olga, cuando termine su trabajo esta noche suba un ratito.

—Gracias; lo haré encantado...

Bien—concluyó, tirando de Kenny.

Y como todos los hombres son frágiles, el feo Bixler, que también tenía sus ribetes de conquistador, se marchó muy contento de sí mismo y de la oportunidad que los hados le habían preparado de lucirse.

Y en su misma fragilidad estaba el pecado. Orgullosa como un héroe, dió la espalda a Maxine, lo que fué aprovechado por ambos jóvenes para cambiar un ademán de inteligencia. El de Kenny entrañaba todo el amor y la admiración de un hombre que aprende el disimulo en la venturosa escuela del amor.

Pero la desaparición de Kenny fué la del valor de Maxine. Voló hacia su departamento y se arrojó

a los brazos de su amiga, mejor dicho, contra la espalda de Effie, que ordenaba melancólicamente las chucherías caseras.

—Effie, han cogido a Kenny—gimoteó.

—Ya lo sé: al estaba yo aquí—repuso trágicamente.

Toda la animosidad contra su novio había abandonado a Maxine, convirtiéndola en lo que verdaderamente era: una muchacha buena, hermosa y enamorada, que al perder el sostén moral se ahogaba en lágrimas.

—Lo van a meter en la cárcel durante diez años—sollozó.

—¿Recuerdas que te lo advertí anoche? Pero no pareció interesarte—amonestó despiadada.

—¿Qué?... Si le metieran en la cárcel un solo día me volvería loca. ¡Le amo con todo el corazón!... ¡Oh, estaba tan bello y tan triste con su manita esposada!...

Lógico fué que Effie achacara la inconstancia de su amiga, después de la diamantina seguridad de que había dado indicios, a causas más reales que a su veleidoso espíritu. Ahora bien, reparó en la botella de whiskey y trató de olerle el aliento, segura de que su compañera se había relacionado con Baco más de lo conveniente.

—Lo imaginaba. ¿Habrás bebido?

Y la afirmación de Maxine, basó el aumento de sus sospechas.

—He de hallar a la persona que compró este licor.

Todo ello motivó que Effie se mostrara tiernamente comprensiva y pasara un brazo por la cintura de Maxine, guiándola hacia la alcoba.

—¡Claro, claro!... Antes bebéremos una copita.

Pero Maxine no oyó el subterfugio de su amiga. Soltóse de su brazo y corrió hacia la mesita que les servía para escribir. Rápidamente sacó un papel y un lápiz, que metió en su bolso después de emplearlos, e inspeccionó muy interesada la etiqueta, murmurando:

—Kenny dijo que si encontrara al comprador de esta botella descubriría al culpable. Yo soy la única que puede hacerlo — aseguró, copiando el número—: C. 4,4,8,5,4,1.

La sorpresa de Effie fué de mal en peor; se retorció las manos protestando:

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué sabes tú de todo eso?

—Mucho, ya lo verás — replicó cerrando su bolso.

De un salto alcanzó la salida. Poco después pulsaba el timbre del ascensor. Effie, anonadada por los incomprensibles sucesos y su pre-

mura, comentó para un invisible —¡Cielos, se le ha contagiado de sujeto que se hallaba en el techo: él!... Es peor que la viruela...

CAPITULO VI

EL DETECTIVE BURLADO

El alma de Bixler era un tanto mezquina y no pudo resistirse a un paseo triunfal de regreso a la Brigada, llevando amanillado a su antiguo amigo, ahora contrincante. Atravesó las calles ostentoso y por fin arribaron a una en que Kenny comenzó a inquietarse.

—La verdad es que siempre me gustó Maxine—confesaba Bixler—. Tengo que darme prisa y regresar cuanto antes.

—Cállate, Bixler. Todo el mundo me conoce en esta calle. ¿Por qué no me quitas estas condenadas esposas?

—Sí, ¡para que me des el esquinazo!... No te hagas ilusiones.

Súbitamente su preso le dió un tirón, recibido con un gruñido de protesta, y vióse obligado a entrar en el estanco. De pronto, Kenny advirtió el partido que podía sacar

de su situación, gracias al dependiente del estanco, que, en tanto que le despachaba el paquete de cigarrillos, observó:

—¡Qué cara de pocos amigos tiene su cliente!... ¿Por qué se lo lleva?

—Dígaselo usted, teniente—desafió Bixler.

—No va usted a creerlo, pero es él quien me lleva a mí.

Abandonaron el establecimiento, perseguidos por las carcajadas que el supuesto buen humor de Kenny había engendrado. Poco a poco, a medida que la gente iba saludando a su colega, Bixler se percató de que todos imaginaban que era él quien iba detenido.

—¡Qué curioso! Todo el mundo cree que soy yo el arrestado.

—Es cierto. Hasta yo me lo estoy creyendo—aseguró Kenny.

—¿Cómo que hasta tú te lo estás creyendo?—se asombró.

—¿Claro!... ¿Por qué no dejarles creer que tú eres el arrestado?

Bixler apretó el paso: su desagrado creció al abordar a Kenny un vendedor de periódicos, inquiriendo si él, Bixler, era un ratero. Su orgullo habíase esfumado, a unísono que Kenny había tomado una determinación.

—Lo más cierto es que todo el mundo cree que tú eres el detenido excepto tú—repitió, parándose en medio de la acera.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver?—se asustó Bixler.

—Que de pasar algo, todos me ayudarían a mí.

—Pero es que no va a pasar nada. Vamos.

Impacientado por su fracaso, Bixler tiró de él con todas sus fuerzas. Esto era lo que esperaba Kenny y le sacudió por los hombros, gritando a propósito con toda la fuerza de sus pulmones:

—Oiga, ¿qué significa esto? ¿Conque quería escaparse, eh?

—Cállate, pero...

—¿Como intente usted resistirse le daré un azote!

—¿Quién le va a dar un azote a quién?—rugió Bixler.

Un grupo de transeúntes bastante compacto les rodeaba. Satisfecho, Kenny disparó su puño, que alcanzó la barbilla de su raptor con científica precisión, y Bixler se desplomó al suelo, en donde se inmovilizó con una beatífica mueca de desmayo. Kenny se libró de la esposa, sacando la llave de su bolsillo, la cerró en una boca de incendios y recobró su revólver.

—No se alarmen, señores, calma. Ya lo tengo.

—¿Qué ha pasado, Kenny?—preguntó un vendedor de periódicos.

—Nada, que intentó escaparse. Vigílenle un momento. Voy a buscar un coche.

Y tras de otras recomendaciones finales sobre la ferocidad de Bixler, le dejó tendido en la acera, custodiado por unas cincuenta o sesenta personas, empeñadas, incuso, a lincharle si el infeliz Bixler se resistía.

* * *

Mientras Maxine recibía en una tienda de comestibles una lista de los posibles compradores de la botella de whiskey, Bixler narraba a Mac Govern una intrincada y fantástica versión de la fuga de Kenny:

—Le aseguro a usted, Mac, que todo el barrio se puso de su parte. Lo último que recuerdo es cuando veinte hombres se me echaron encima. Luché como un tigre hasta que me dejaron sin sentido.

—Buena. Vamos a ordenar esto —dijo Mac—. Usted subió al piso y detuvo a Kenny. ¿No dijo nada su novia cuando se lo llevaba?

—¡Si no estaba allí! Cuando íbamos por el pasillo salió del ascensor. Se alegró de su detención... Diga, capitán; esa chica empuja un poco el codo. Llevaba una botella

bajo el brazo. Incluso me invitó a echar un trago.

—¿Que le invitó a beber? ¿Una botella?...—sospechó el capitán—. Pero oiga, imbécil, ¿no se le ocurrió pensar que una de las principales pruebas en el caso Stanley era una botella de whiskey? ¡Esa chica es su cómplice! Ella le ha procurado la botella.

Marcó el número telefónico del archivo y pidió la botella del caso Stanley o, en su defecto, el número. Luego se encará con el boquiabierto Bixler:

—Le juego lo que quiera a que ha desaparecido. Seguiremos la pista de la botella hasta dar con Williams y la chica. Y esta vez no se escapan. Los meteré a los dos en la cárcel.

tudes. Te estás convirtiendo en un detective.

—Sí, ya debíamos estar camino del Hipódromo si queremos atrapar al criminal.

Depositó la botella que había estado oliendo sobre la mesa y soportó orgullosa las ojeadas que le enviaba su maravillado novio.

—¿Cómo has averiguado lo del Hipódromo?

—Je... ¡Deducción!

—Así no sabías tú nada de esto, ¿eh? Son boletos de veinte dólares. Aquí hay cuarenta y cinco apostados a la última carrera. Y se me antoja que este dinero sólo puede haber salido de un banco.

—Perdona, pero eso fué idea mía—protestó, dirigiéndose a la salida—. Vamos.

—Espera. En el Hipódromo debe haber unas treinta mil personas, entre las cuales tú quieres hallar a una chica que pesa 52 kilos y mide un metro sesenta y cinco...

—Eso espero—se apuró.

—¿Sólo por deducción?—insistió Kenny—. ¿Tú has visto a esa chica?

—Bueno, sólo un poquitín... —confesó a regañadientes.

—¿Había un hombre con ella?

—Sí, solamente que a él no le vi. Pero a ella la reconocería en cualquier parte. Vamos, señor Wi-

liams, no está haciendo perder tiempo.

Pero a la experiencia y a la inteligencia de Kenny fué debido el que Maxine estuviera apostada en las cercanías del despacho de apuestas. Faltaban dos carreras para terminar las pruebas y la joven se desesperaba, observando de vez en cuando a su prometido. Por último, la Reegan llegó a una taquilla, pidió y pagó unos boletos, internándose después entre el inmenso gentío.

Kenny se reunió, a una señal de Maxine, con ella y la persiguieron a distancia. El policía tenía que refrenar la impaciencia de la joven, la cual así que un grupo los apartaba de la Reegan sufría un sobresalto.

—¿Por qué no la detienes?—se impacientó.

—Espero que se reúna con el hombre; así los atraparé a los dos.

De esta manera llegaron a las hileras de personas congregadas y contenidas por las vallas que enmarcaban la pista. La Reegan se fraguó camino hasta su acompañante, apoyado en la misma barreira de la meta.

—¡Oh, Kenny, se nos van a escapar!

—No, aguarda un poco.

De repente, otros actores apare-

cieron en el escenario. Fueron Mac y Bixler acompañados por numerosos policías de uniforme y pertrechados de fusiles ametralladores. Habían seguido la pista de la botella hasta el hipódromo y pillaron a Kenny desprevenido, poniéndose detrás de él.

—¡Hola!, ¿qué tal? — saludó Mac, para rugir luego: ¡Queda usted detenido!

Kenny se zafó de las manos de ambos hombres. La gente empezaba a murmurar, percatándose de su arresto. Maxine lanzaba rayos por los ojos. Todo estaba perdido...

—Oiga, Mac, no me estorbe ahora que estoy a punto de cogerles.

—Antes debo yo cogerle a usted. Póngale las esposas, Bixler.

—Será un verdadero placer — aseguró Bixler.

Pero las esposas le fueron arrancadas de la mano por Maxine, que se interpuso entre los policías y su prometido, antes de que lograsen evitarlo.

—Un momento, Mac—dijo señalando a la pareja—; aquel hombre es el que cometió el asesinato del caso Stanley.

—Ese es el hombre, Mac. Voy a intentar detenerlo. Si trata de escapar sabré que no me equivoco.

—Sí, y así podrás volver a farte—replicó Bixler.

Mac Gover le enmudeció con un ademán imperioso y frunció el entrecejo meditabundo. Maxine, percibiendo que vacilaba, tornó al asalto:

—Créanos, Mac. Hemos seguido la pista de la botella de whiskey. Estamos seguros.

—Escuche, ¿por qué pluraliza? —inquirió el jefe.

—Porque ella ha cooperado eficazmente—la alabó Kenny—. ¿Qué sacaría mintiéndole? Al menos déjeme intentarlo, así averiguaré si me equivoco o no.

—De acuerdo, Kenny —accedió, sintiendo renovarse su fe—. Pero si se equivoca, ya sabe lo que le aguarda.

Kenny hendió la muchedumbre y Maxine echó tras él, sin soltar las esposas. El capitán quiso impedirlo, ordenando que no se metiera en el asunto, mas ella le rechazó convertida en un basilisco:

—¡Cómo que no me meta! Yo empecé este asunto y he de concluirlo. Me he nombrado agente especial y honorario de este caso.

La sorpresa del capitán hizo que ya estuviera lejos Maxine cuando le gritó, sonriendo de ver las vueltas que daba el mundo:

—Si tiene éxito, le confirmaré el nombramiento oficialmente.

—Recuerde lo que ha dicho, señor jefe.

Kenny, mientras tanto, había introducido su cuerpo entre la pareja sospechosa. Sacó su insignia de policía y se la mostró al hombre, anunciando:

—Quisiera hacerle unas cuantas preguntas acerca del robo del Banco Nacional.

La contestación fué un puño que conectó con su mentón, arrojándolo sobre la Reagan. El agresor saltó a la pista, huyendo en dirección contraria a la llevada por los caballos en su carrera, de suerte que acortó la distancia que le separaba de ellos. Kenny se repuso del ataque y salvó la barrera de un brinco.

Maxine sintióse poseída por un impulso guerrero y sin previo aviso, se echó sobre la Reagan blandiendo las esposas...

Mac dejó a un par de hombres con Maxine y lanzó el resto en pos del huído. Kenny había desenfundado su pistola y dió el alto a su perseguido. Este, por toda contestación, empuñó un revólver e hizo fuego, hiriéndole en el hombro,

tras de lo cual huyó hacia los caballos más y más cercanos...

Los cascos chocaban, veloces, tamborileando sobre la tierra. Los pechos de los primeros corceles le rozaron...

¡Y la muchedumbre aulló despa-
vorida!

En cuanto Mac quiso auxiliar a Kenny, éste se incorporó sonriendo con una mano puesta en el hombro. El criminal estaba bajo un montón informe de caballos y de jinetes contusionados.

¡Había muerto!

Maxine, llevando esposada a la Reagan como había visto hacerlo a la policía, rechazó el consuelo que le ofrecía el capitán y se arrojó a los brazos de su novio. Pero su arrestada, siguiendo su tirón, se encontró también entre ellos, despertando el imperioso espíritu de Maxine:

—¡Lárguese!... ¡Que se marche!... Mac, llévesela, ¿quiere?

El capitán, sacudido por una hilaridad terrible, cumplió su deseo, y ambos jóvenes se pudieron abrazar amorosamente.

* * *

Puesto que Maxine había cambiado de criterio sobre la policía —y no sabía Kenny hasta qué punto—, no le resultó muy difícil convencerle de que se casasen el mismo día. Por la noche, se refugiaron en un hotel ignorado y el detective, después de despedir al camarero, se aproximó a Maxine, que estaba delante del tocador:

—Señora Williams, con las cosas ocurridas hoy he olvidado decirle que soy el hombre más afortunado del mundo... Pero, nena, ¿quieres dejar ya esa plata? Has estado jugando con ella toda la noche.

En lugar de hacerle caso, Maxine prosiguió comprobando con inmenso entusiasmo el efecto que producía la insignia de agente secreto sobre su bata de noche.

—Esto por sí solo cambia todas las cosas, ¿verdad, Kenny? Se introduce en la sangre. Ahora comprendo todo aquello que antes no estaba a mi alcance.

—¡Oh, si la olvidas esta noche,

mañana te compraré una docena!...

No pudo resistir a su acento y fue hasta él, protestando que si Mac le llamaba... Pero Mac había prometido dejarles en paz, por lo menos una vez en su vida. Y la placa fue olvidada por el amor... interrumpido por una llamada en la puerta. Maxine detuvo a su esposo y se hizo cargo de la situación, abriendo la puerta y diciendo a un sonriente policía de uniforme de un solo tirón:

—Kelly, dígame usted a Mac Govern que Kenny Williams no necesita esta clase de emociones esta noche... Aunque hayan robado el mismísimo tesoro del Estado.

—Perdone, señora Williams, no es a él a quien busco, es a usted. Mac Govern quiere que se presente inmediatamente para un servicio.

—¡Oh, qué emocionante!... ¡Voy en seguida!... ¡Voy corriendo!...

No se había puesto el abrigo sobre el salto de cama y ya corría por el pasillo, desoyendo las fer-

vientes protestas de Kenny, que acabó por suponer que se había vuelto loco.

Tal era su precipitación que no se percató de que, al pasar por delante de una puerta, ésta se abría evidenciando las cabezas de Mac Govern y de Bixler, quienes co-

rearon frenéticamente las carcajadas de Kelly, sobre todo al escuchar las lamentaciones de Kenny:

—¡Maxine, esto es un crimen!

En efecto, lo era. Un crimen planeado por el capitán en demostración de lo fácil que es predicar una cosa y hacer otra...

F I N

Acaba de aparecer:

Cancionero

EXITOS DEL DIA

¡200 canciones del momento!

38 Fotografías

Precio: Ptas. 2'50

Nueva colección de gran éxito:

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabú.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE!, por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Victor Mature, Bruce Cabott y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES HORRASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabú.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMIRALDA, LA ZINGARA, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. EL ALEGRE BANDOLERO, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.
16. TEXAS, por William Holden, Claire Trevor.
17. EL HIJO DE LA FURIA, por Tyrone Power, Gene Tierney, etc.
18. LA TIA DE CARLOS, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. SENDAS SINIESTRAS, por Randolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.
20. ¡QUE PAR DE LOCOS!, por Stan Laurel y Oliver Hardy.

¡Inmejorable presentación!
¡¡¡Inmeras fotografías!!!

PRECIO:
1. Pta.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





Cubierta T. G. 1. 501.84
Provincia, 00 - Barcelona

6